Victor Hugo

Lo que dice la boca de sombra y otros poemas

Edición de Antonio Martínez Sarrión

Lo que dice la boca de sombra y otros poemas
Prólogo
Las orientales
    Ensoñación
Las hojas del otoño
    Sol poniente
Los rayos y las sombras
    A Alberto Durero
    Tristeza de Olimpio
Las contemplaciones
    Mis dos hijas
    Ella estaba descalza…
    ¿En qué pensaban los dos caballeros en el bosque?
    Al despuntar el alba…
    Mors
    El mendigo
    Ponto
    Palabras sobre la duna
    Aparición
    Pastores y rebaños
    He cortado esta flor…
    Oh estrofa del poeta…
    Cadáver
    ¡Oh sima! Cae el alma…
    Viaje nocturno
    Lo que dice la boca de sombra
La leyenda de los siglos
    Booz dormido
Las canciones de las calles y los bosques
    Mi verso, te lo repito…
    El sostén de los imperios
El año terrible
    Estupidez de la guerra
    Los fusilados
El arte de ser abuelo
    Ventanas abiertas
Cronología de Victor Hugo
Autor
Notas

Había sido el hombre clave de todos los torbellinos que había sacudido el siglo XIX: de cerca o de lejos, en literatura y en política, está siempre en la delantera. Y pese a los críticos, que, como Gide, opinan que fue por desgracia el mejor poeta de todos los tiempos en lengua francesa, hay que reconocer que fue prohombre del Romanticismo francés en todos sus aspectos: un dramaturgo fecundo, un novelista prolijo y exitoso, un escritor cuya producción se nutre, asimila y renueva todas las corrientes, asumiéndolas y superándolas lo más a menudo; y fue, sin lugar a dudas, el poeta más variado y de mayor producción del siglo, que usó la poesía como arma arrojadiza tanto como sistema epistemológico, un hombre tan penetrado de la musicalidad de la lengua francesa que se funde en el verso con todas las riquezas de sus poderosas y originales sensaciones; poeta visionario, que empieza siendo el más clásico de los románticos y acaba siendo el más romántico de los simbolistas.

Victor Hugo (1802-1885) es el poeta más variado y poderoso de un siglo del que es su máximo representante. Su poesía es la máxima expresión de la imaginación literaria que anuncia, con su magisterio, las aventuras poéticas de Baudelaire, Mallarmè, Rimbaud y como ha señalado el propio Breton, del surrealismo.

Victor Hugo

Lo que dice la boca de sombra y otros poemas

Victor Hugo, 1989
Traducción, prólogo, notas y cronología: Antonio Martínez Sarrión
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

PRÓLOGO

C'est Victor Hugo
Et Léopoldine
La Mélancolie…
LEO FERRÉ

Los antecedentes no auguraban nada bueno: de tanto citarlas, están del todo desgastadas las palabras de Gide, al ser interrogado acerca del mayor poeta de Francia: «Hugo, ¡helas!». Los líricos de su posteridad empezaron dejándolo de lado. Desde Baudelaire que lo comparó al profeta de la Biblia a quien Jahvé le ordena tragarse un libro, que en el caso del gran romántico sería el diccionario, a los simbolistas y malditos, que, sin decirlo, lo saquearon, ni uno manifestó un átomo de compasión por aquél olímpico muerto y enterrado en 1855 en olor de multitud y republicanismo. J. K. Huysmann, rezongaría con la boca chica: «Es apenas mejor poeta del amor que poeta social». Las cosas no mejorarían con las siguientes hornadas; apenas Valéry —¡quién lo diría!— constituyó la excepción en ese frente cerrado en que caben desde clasicistas como Thierry Maulnier, que le concede a regañadientes un par de páginas de poemas mutilados, en su muy arbitraria y divertida «Introduction à la poésie française» de 1939, hasta el pontifex André Breton quien, en el «Primer manifiesto», al confeccionar el panteón de ancestros dictaminó: «Hugo es surrealista cuando no es tonto».

No acababa ahí la granizada: dentro del por sí exterior y pomposo romanticismo francés, están de acuerdo los estudiosos en que, al menos al Hugo primero, le aventajan en cuanto a legibilidad actual Lamartine, Musset o Vigny. A la exterioridad y hojarasca se juntaba la grafomanía. Así, Peguy: «Le era perfectamente indiferente escribir malos versos, a condición de escribirlos cada mañana, llevando la cuenta. Pensaba que es preferible hacer versos malos a no hacerlos en absoluto».

¿Por qué, entonces, Víctor Hugo?

A la propuesta del editor, al que le faltaba este trofeo, según él mayor, en su laudable empresa de publicación en versiones castellanas de la mejor poesía de todos los tiempos, le contesté, al principio, con un bufido. Días después, desempolvé mis viejas ediciones, algunas intonsas y me resigné a leer, bien estirado en el sofá.

Al rematar la tarea cuando redacto estas notas prologales, y con las salvedades que iré haciendo, tengo que admitir con León Paul Fargüe —y ya es hora de que me excuse por este aluvión, sin duda excesivo, de testimonios ajenos— que «el autor del 'Sátiro', ha como autorizado el Parnaso, el simbolismo, la poesía industrial, la publicidad, la torre Eiffel, dadá, el surrealismo y todos los derivados de Apollinaire».

Y ahora mi modesta conclusión. Enfrascado en los últimos tiempos el más ascético y ceñido estilo de alguno de los grandes moralistas (Chamfort), los simbolistas iniciales (Baudelaire) o las vanguardias (Genet, Leiris) debo admitir que no ha constituido mal

aprendizaje bucear en las turbulentas y no siempre navegables aguas del romanticismo más montaraz. Aunque sólo fuera porque, probar con el catavinos del idioma materno todas las añadas de una gran literatura no sólo te lleva a mejorar los cultivos de tu viña sino a ordenar mejor los caldos de las ajenas.

De todas formas seguiré pensando que con Hugo, como con Byron y otras fuertes personalidades (y lo eran casi todas) del nada estúpido siglo XIX, ocurre que sus vidas tienen, a estas alturas, tanto o más interés que sus obras. Y éstas, en ningún caso son despreciables en poetas como Hugo, aunque sólo fuera por el rumbo radicalmente distinto que imprime a la literatura gala, agostada durante más de un siglo por un clasicismo tiránico, encorsetado, chovinista y excluyente. Hugo es, de entrada, algo así como el anti-Voltaire. Si es célebre la inquina de este satírico de vuelo corto por la desmesura y «mal gusto» shakespirianos, será precisamente el monstruo inglés, su compatriota Milton, Tasso, Dante, Miguel Ángel, y hasta el entonces (y todavía) muy secreto Piranesi, los modelos convocados para dar cauce a una literatura que necesitará de grandiosos muros imaginarios para establecer y desarrollar su cosmología, de aliento y estirpe bíblicas y dinamismo propio del tiempo: la primera y muy optimista revolución industrial. Claro es que tal pirueta, tal regate a la tradición inmediata, no careció de trampas, gran número de las cuales Hugo no pudo salvar.

El traductor, sin embargo, debía intentarlo, conjurando dos peligros: demorarse en exceso en las entregas iniciales, a causa de la frecuente exterioridad aludida más arriba, o hundirse en las arenas movedizas de los últimos y, a mi modo de ver, fracasados frescos históricos, ya tuvieran por objeto ajustes de cuentas con Napoleón «le petit», ya intentaran desplegar esa síntesis lírico-pedagógico-religiosa, de espesa, indigesta y del todo prescindible elocuencia que constituyen más de las dos terceras partes de «La leyenda de los siglos», los poemarios «Satán», «El Sátiro» y el apenas esbozado, para respiro de creyentes y ateos, «Dios».

En el hueco intermedio nos quedaban los dos tomos de «Las contemplaciones». Los poemas en ellos contenidos se alzan con casi todo el santo y no poca limosna de la presente antología. Trataré de explicar por qué. El libro, publicado en 1856, recoge poemas escritos hasta un año antes y desde 1830: cinco lustros de labor en total. El hiato entre volumen y volumen viene establecido por dos escuetas palabras y cuatro fechas: «Antaño» (1830-1843) y «Hoy» (1843-1855). La clave es 1843. En ese año se produce un hecho que marcaría toda la lírica hugoliana durante mucho tiempo: la hija mayor del escritor, Léopoldine, seis meses después de contraer matrimonio, se ahoga por accidente en compañía de su esposo. A esto se agrega el episodio, tras la revolución de 1848, del enfrentamiento de Hugo con el futuro Napoleón III, su exilio en 1851 y posterior establecimiento en las soledades de Jersey y Guernesey, islas del Canal de la Mancha. De ahí que en el prólogo a «Las Contemplaciones» dijera: «este libro debe ser leído como se leería el libro de un muerto». Y como un libro, podríamos agregar, conjurador de las sombras desaparecidas, ante todo la de su hija. Efectivamente, hasta 1855, Hugo se entrega, con sus allegados, a experiencias espiritistas, que hoy se nos antojan un tanto bufas y que resultaron hasta peligrosas para el equilibrio mental de alguno de los contertulios, por lo que Hugo las tuvo que suspender, como Bretón mucho después suspendería los trances hipnóticos de Robert Desnos, en el primer surrealismo. En todo caso por los poemas flota ese acento visionario que adelanta el simbolismo y el propio surrealismo. Para estar a la altura de estas poéticas, algo le sobran a poemas tan centrales como «Lo que dice la boca de sombra» de ambiciones, que hoy nos

hacen sonreír, entre cosmológicas y apocalípticas, aunque en absoluto impidan el seguimiento de sus complejos episodios que incluyen escalas, fulgores, condenas y redenciones finales, titánicas luchas de espíritu y materia, a todo lo cual no podía faltarle la guinda final de predarwinismo apenas velado, tan inscrito en aquel zeitgeist. Hace mucho tiempo, que al empedernido lector de poesía la épica le suele venir más que ancha, salvo raras estilizaciones al modo Perse o Segalen, por lo que hay que agradecerle que se enfrasque en algún que otro tramo farragoso —no otra cosa nos ocurre hoy con el Pound de los «Cantos»— en la seguridad de que sabrá apreciar lo insólito del escenario y la atmósfera y sacarle todo el tuétano a determinados versos, que serán siempre dignos de venturosa recordación. Se me ocurre, además, que a todo un Borges, tan reluctante a cualquier pomposidad, no le hubiera importado incorporar partes, si no todo, del extenso poema, en la galería de excentricidades de todo género con que confeccionó alguna de sus antologías de las imaginaciones literarias y filosóficas de todos los tiempos.

Por encima o por debajo, o antes y después de «Las Contemplaciones», el lector encontrará lo que me ha parecido más adecuado a nuestra sensibilidad, del inmenso legado lírico de Hugo: poemas en que se acerca al tema y a la técnica de los grandes aguafortistas alemanes como «¿En qué pensaban los dos caballeros en el bosque?» o «A Alberto Durero», galanterías y sensualidades de un epicúreo paisano de Ronsard, Boucher y Renoir; textos políticos que adelantan al Brecht más mordaz o elegías a los «communards» del 71 fusilados por los versalleses, traspasadas de honestísima mala conciencia, esa figura moral que, con toda legitimidad, adopta la difícil negativa, en tiempos de Hugo y en los nuestros, a sancionar la caída en lo zoológico. Por fin, de las recopilaciones de la ancianidad, aparecen aquí algunas muestras de ese Hugo sereno, de verso despojado, fresco y juguetón, que algo nos recuerda a otro olímpico anterior: el Goethe final, el cual hubo de aprender, asimismo, a cepillar no pocos palmos de su muy estofado podio.

Y, sí, al final del trayecto terminamos convencidos de que Hugo es un gran poeta. Necesitado de poda y antologización rigurosa, pero grande al fin. Y no sólo en esos finales de dificilísima sencillez a los que llegan los elegidos. Ya en el frontispicio de una colección tan temprana como «Las orientales» (1829) tuvo claro que, en poesía, todo es el cómo y no el qué y que la razón estética puede constituir una norma moral: «En poesía no existen buenos ni malos asuntos, sino malos y buenos poetas; el arte todo lo eleva, todo tiene, en poesía, derecho de ciudadanía. Examinemos cómo habéis trabajado, no sobre qué y por qué». Impecable, entonces y ahora mismo.

Con todo, yo no recuerdo a nadie vivo que escriba versos y en conversaciones privadas o comparecencias públicas haya señalado jamás a Víctor Hugo como poeta de su predilección. Veremos a ver qué suerte corre esta pequeña antología, cuando en fecha todavía reciente se conmemoró el primer centenario de la muerte del poeta, que entre nosotros pasó casi inadvertido.

Si algún devoto resulta de la lectura y quiere abundar en aspectos de la vida o la obra hugolianas, más que remitirle, y desde luego que lo hago, a las poesías completas, la narrativa o el teatro, más que recomendarle alguna de las innumerables biografías, entre las que sigue sobresaliendo para mí la de André Maurois «Olimpio o la vida de Víctor Hugo», traducida al castellano pero desde hace mucho inencontrable en ediciones vivas, le enviaría a sus recuerdos «Choses vues» (1830-1885) cuatro volúmenes hoy de fácil acceso en colecciones francesas de

bolsillo. Se trata de un texto del todo en las antípodas del Hugo desbordado y que no hubiera dudado en firmar un Gide o un Léauteaud, tal es su modernidad.

Por fin, el desde aquí postulado y del todo incierto devoto, deberá, además y sin excusa alguna, en su próximo viaje a la capital de Francia, dedicar una de esas mañanas de cielo bajo y luz clara y perlada de París, a recorrer en silencio los diversos pisos de la casa-museo Víctor Hugo, situada en la algo fantasmal Plaza de los Vosgos. No estoy dispuesto a desvelar nada más. Si atiende a mi consejo, ya me contará.

A. M. S.

Enero 1988

LAS ORIENTALES

(1829)

ENSOÑACIÓN

¡Oh déjame! Es la hora en que el turbio horizonte
Oculta el roto frente bajo un cerco de bruma,
La hora en que el astro enorme, ígneo, desaparece.
El bosque, ya amarillo, señorea la colina:
Se diría que ahora, cuando avanza el otoño,
El sol y la llovizna oxidaron las hojas.
¡Quién hiciera surgir, quién lograra elevar
Allá lejos —en tanto yo sueño en la ventana
Y se agolpa la sombra al fondo del pasillo—
Alguna ciudad árabe, destellante, inaudita
Que, al igual que la espiga en gavilla resuelta
Desgarrara esa niebla con sus flechas doradas!
Que acertase a animar ¡oh genios! a inspirar
Mis canciones oscuras como el cielo de otoño
Y a lanzar a mis ojos sus mágicos reflejos.
Y extendiéndose en lentos rumores sofocados,
Con las miles de torres de sus palacios féericos,
Neblinosa, dentara al violáceo horizonte.

LAS HOJAS DEL OTOÑO

(1831)

SOL PONIENTE

Esta tarde se ha puesto el sol entre las nubes;
Al alba habrá tormenta y al ocaso, y de noche;
Vendrá luego otra aurora de obstruidos vapores;
Después noches y días, pasos del tiempo que huye.
Estos días pasarán y pasarán en tromba
Sobre el rostro de mares, sobre la faz de montes,
Sobre los ríos de plata, los bosques donde rueda
Como un himno confuso de los muertos que amamos;
Y el rostro de las aguas y el perfil de las cumbres
Plegados, más lozanos y los verdeantes bosques
Remozados al cabo, y el riachuelo campestre
al monte robará la onda que al mar entrega.
Pero yo, con la frente más baja cada día,
Yo pasaré y, friolento, bajo este cielo alegre,
Me marcharé muy pronto, en mitad de la fiesta
Sin que nada le falte al mundo luminoso.

LOS RAYOS Y LAS SOMBRAS

(1840)

A ALBERTO DURERO

En las selvas de antaño donde a oleadas la savia
Corre por los alisos y por los abedules,
Cuántas veces ¿no es cierto?, a través de los claros,
Pálido, estupefacto, sin volverte a mirar
Has apretado el paso con un escalofrío
¡Oh maestro Durero, pintor meditabundo!
Se adivina, delante de tus cuadros amados
Que en la negra floresta tus ojos visionarios
Veían distintamente, de las sombras,
Las pezuñas del fauno, los ojos del silvano,
Pan, que cubre de flores la cueva que te guarda
Y la antigua dríada con brazos llenos de hojas.
Son para ti los bosques monstruos abominables,
La realidad y el sueño en uno se convierten.
Soñadores, se inclinan los pinos y los olmos
Cuyas torcidas ramas dan mil vueltas deformes,
Y en ese grupo oscuro que el viento balancea
Nada está por entero ni muerto ni viviente.
Chupa el berro, va el agua, los fresnos en las cuestas,
Bajo la horrible broza y las zarzas que suben,
Lentamente contraen oscuros pies nudosos,
Son los lagos espejos para el cuello del cisne;
Y sobre ti que pasas y la sacas del sueño
Mucha extraña quimera de escamosa garganta,
Ciñendo con sus garras la corteza del árbol,
Desde el fondo de un antro fija un ojo de luz.
¡Oh espíritu, materia, fuerza, vegetación,
Cubiertos de piel áspera o de viva corteza!
Como tú, por los bosques no me perdí jamás
Maestro, sin que el horror mi alma penetrase,
Sin ver temblar la hierba y, mecidos al viento,
Pender de los ramajes confusos pensamientos.
Dios sólo, ese testigo de los hechos extraños,
Sólo Él sabe que, a veces, en tan salvajes sitios
Sentí, pues que me inflamo de una llama secreta,
Como yo estremecerse y vivir con un alma
Y reír y entenderse en voz baja a la sombra

A los grotescos robles que crecen en los bosques.

TRISTEZA DE OLIMPIO

Los campos no eran negros, ni los cielos sombríos.
No, el día centelleaba en un azul sin bordes
Sobre el mundo extendido,
Había incienso en el aire y verdura en los prados
Cuando volvió a los sitios donde, por tanta herida,
Se vació el corazón.
Sonreía el otoño, las colinas al llano
Inclinaban sus bosques, apenas amarillos;
El cielo era de oro
Y las aves, tornadas a quien todo lo nombra,
Tal vez diciendo a Dios cosas respecto al hombre,
Emitían sus trinos.
Quiso, otra vez, ver todo, el estanque y la fuente,
La choza en que la dávida vaciara su bolsa,
El fresno retorcido,
Los nidos del amor entre las arboledas,
El tronco donde, en besos sus almas confundidas,
De todo se olvidaron.
Escudriñó el jardín, la casa solitaria,
La verja que da paso a la oblicua alameda,
Los vergeles en rampa.
Pálido caminaba. Al son de sus pisadas
Veía en cada árbol dibujarse la sombra,
Los esfumados días.
Escuchaba soplar, en los amados bosques
Al apacible viento que, haciéndonos vibrar,
Al amor vivifica,
Y agitando a los robles o meciendo a las rosas
Es el alma de todo que a las cosas rodea
Y sobre ellas descansa.
Las hojas que yacían en el desierto bosque
Esforzándose por abandonar del suelo
Por el jardín danzaban;
De igual modo, si el alma decae, los pensamientos
Un momento planean sobre su ala herida
Para al fin descender.
Contempla largo rato las magníficas formas

Que la naturaleza en los campos adquiere;
Sueña hasta caer la tarde;
Todo el día no cesa de marchar por la rambla,
A trechos admirando el cielo, faz divina,
El lago, sacro espejo.
Acordándose, ¡ay! de dulces aventuras,
Mirando, sin entrar, por sobre los cercados,
Como si fuese un paria,
Todo el día merodea. Cuando la noche cae
Igual que triste tumba se encuentra el corazón;
Grita entonces así:
¡Oh dolor! Un día quise con alma atribulada
Comprobar si la urna conservaba el licor
Y ver cuanto formase este valle dichoso
De lo que aquí dejara mi pobre corazón.
¡Qué poco tiempo basta para cambiar las cosas!
Naturaleza plácida, ¡qué deprisa te olvidas!
Y de qué forma rompes en mil metamorfosis
Los misteriosos hilos que al corazón enlazan.
Nuestros albergues de hojas en breñas se cambiaron,
El árbol que grabamos está muerto o caído,
Las rosas del vallado han sido saqueadas
Por un tropel de niños que atraviesan el foso.
Un muro tapa el caño donde, con los calores,
traviesa, ella bebía bajando de los bosques;
Cogía el agua en la mano, hada maravillosa,
Y dejaba perderse las perlas por sus dedos.
Empedraron la ruta, ardua y mal aplanada
Donde, quedando impreso en la arena tan bien,
Y de su pequeñez mostrando la ironía,
Su pie maravilloso reía al lado del mío.
El hito del camino, tanto tiempo en su sitio,
Donde, a fin de escucharme, se solía sentar
Sirve para que choquen, cuando la vía está oscura,
Los carros gemebundos que a la tarde regresan.
Aquí está ralo el bosque, frondoso más allá,
De cuanto fue nosotros casi nada perdura,
Y como la ceniza extinta y enfriada
Un tropel de recuerdos se dispersa en el viento.
¿No existiremos nunca? ¿Ya pasó nuestra hora?
¿Nada la traerá a nuestros gritos vanos?
El aire con la rama juguetea mientras lloro,
mi casa se contempla y no me reconoce.
Dios nos presta un instante los prados y las fuentes,

Los bosques temblorosos y las rocas silentes
Y los cielos azules, los lagos y planicies,
Para en ellos poner nuestros sueños y amores;
Luego nos los retira. En nuestra llama sopla,
Precipita en la noche el antro en que brillamos
Y ordena a la hondonada, donde el alma está impresa,
Que borre nuestros trazos y nuestro nombre olvide.
Olvidadnos, por tanto, casa, jardín, follajes;
Hierba, invade el umbral; zarzal, borra los pasos.
¡Canta ave! ¡Corre arroyo! ¡Crece, hoja!
¡Los que ahora olvidáis, nunca os olvidarán!
Porque sois para mí la sombra del amor,
El oasis que uno tropieza en el camino;
Porque eres, vallecico, el cobijo supremo
Donde hemos sollozado cogidos de la mano.
Todos los entusiasmos se alejan con la edad,
El uno con su máscara, con su puñal el otro,
Como un sonoro enjambre de histriones en camino
Cuyo bulto se achica trasponiendo la cuesta.
Pero a ti no te esconden, amor. ¡Oh tú, hechicero!
Tú que, antorcha o hachón, nuestra bruma iluminas
Nos tienes por las lágrimas, como por la alegría;
Joven, te maldecimos y te adoramos viejo.
En tiempo en que la frente por los años se vence,
Cuando el hombre sin fines ni proyectos siquiera
Siente que ya es tan sólo una tumba ruinosa
Donde sus ilusiones y sus virtudes yacen;
Cuando el alma entre sueños desciende a las entrañas
Y cuenta el corazón, por el hielo atrapado,
Como se cuentan muertos después de la batalla,
Cada dolor calmado y cada sueño extinto,
Como alguien que indagase sosteniendo una lámpara,
Lejos del mundo real, lejos del mundo alegre,
Ella llega despacio, por una rampa oscura,
Al desolado fondo de la sima interior;
Y allí, en aquella noche que ningún rayo alumbra,
El alma, en un repliegue semejante a un final
Siente algo todavía palpitar bajo un velo…—
Y eres tú, entre las sombras, ¡oh recuerdo sagrado!

21-10-1837

LAS CONTEMPLACIONES

(1856)

MIS DOS HIJAS

En la fresca penumbra de la tarde que muere,
La una como un cisne, cual paloma la otra,
Bellas y alegres ambas, ¡oh dulzura!
Ved, la hermana mayor y la hermana pequeña
Se sientan a las puertas del jardín y sobre ellas
Un ramo de claveles de largos tallos frágiles,
En la urna de mármol por el viento mecida,
Se inclina y las contempla, inmóvil y viviente,
Y se agita en la sombra, y en el vaso semeja,
Vuelo de mariposas detenido en el éxtasis.

La Terrasse, cerca de Enghien, junio 1842.

Ella estaba descalza, estaba despeinada,
Sedente, pies desnudos, entre torcidos juncos.
Al cruzar por allí, un hada creí ver
Y le dije: ¿Querrás venirte por los campos?
Me contempló con esa mirada soberana
Que en la belleza surge cuando de ella triunfamos
Y repetí: ¿No quieres, en el mes del amor,
No quieres que vayamos bajo los densos árboles?
Ella enjugó sus pies en las hierbas del borde
Y me miró despacio una segunda vez,
Y la hermosa traviesa se quedó pensativa.
¡De qué modo cantaban en el bosque las aves!
¡Cómo arrullaban el agua dulcemente en la orilla!
Y hasta me vi llegar, entre las verdes cañas,
A la bella muchacha, asombrada y salvaje,
El cabello en el rostro, sofocando la risa.

Mont-l'Am, junio 183…

¿EN QUÉ PENSABAN LOS DOS CABALLEROS EN EL BOSQUE?

La noche estaba oscura y harto sombrío el bosque.
Hermann, a mi costado, parecía una sombra.
Trotaban los caballos. ¡Dios nos quiera asistir!
Parecían marmóreas las nubes en el cielo.
Volaban las estrellas en las ramas más altas
Cual enjambre de pájaros de fuego.
Colmado estoy de penas. Roto de sufrimiento,
El ánimo de Hermann vacío está de esperanzas.
Colmado estoy de penas. Amores míos, ¡dormid!
Pues, en tanto cruzábamos las verdes soledades,
Hermann me ha dicho: «Pienso en tumbas entreabiertas»
Le contesto: «Yo, en cambio, en tumbas que se cierran»
Él miraba hacia el frente; miraba yo hacia atrás.
A través de los claros los caballos marchaban;
Venían en el viento ángelus apartados.
Dijo: Pienso en aquellos golpeados por la vida,
En los que son y viven. Y allí le contesté:
Yo, en los que no son ya.
El surtidor cantaba. ¿Qué decía el surtidor?
El roble murmuraba. ¿Y qué decía el roble?
Susurraban las zarzas como viejas amigas.
Hermann dijo: «Jamás dormitan los vivientes»
En este instante hay ojos que lloran y que velan.
Yo le contesté: ¡Ay! y otros están dormidos.
Hermann replicó entonces: La desgracia es vivir.
Los muertos ya no sienten. Son felices. Yo envidio
Su tumba verdecida o amarillenta de hojas,
Porque les acaricia con sus llamas la noche;
Porque el radiante cielo aplaca a cualquier alma
A la vez en todas las tumbas.
Le dije: ¡Cállate! ¡Respeta los misterios!
Los muertos yacen bajo nuestros pies, en la tierra.
Los muertos son los senos que alguna vez te amaron,
Tu ángel que expiró; Y tu padre y tu madre.
No los entristezcamos con la amarga ironía.
Como a través de un sueño escuchan nuestras voces.

Octubre 1853

Al despuntar el alba, cuando el campo blanquea
Partiré, pues conozco, pues sé que tú me aguardas.
Iré por la espesura, iré por las montañas.
Lejos de ti no puedo permanecer más tiempo.
Con la mirada puesta en mis cosas, iré.
Sin ver en torno mío, sin oír ruido alguno,
Solo, desconocido, las manos a la espalda,
Triste, siendo los días para mí como noches.
No miraré ni el oro de la tarde que muere,
Ni, a lo lejos, las velas dirigiéndose a Harfleur,
Y pondré a mi llegada, encima de tu tumba,
Algo de verde acebo y de brezo florido.

3-9-1847

MORS

Miré a la segadora. Se movía en su terreno.
Caminaba a buen paso, recogiendo y cortando;
Negro esqueleto, hacía instalarse al crepúsculo.
En la sombra en que todo tiembla y atrás se vuelve,
El hombre contemplaba los reflejos de la hoz.
Ahora los triunfadores, de los arcos de triunfo
Caían; ella mudaba Babilonia en un yermo,
El trono es un cadalso y el cadalso en un trono,
Las rosas en estiércol, a los niños en pájaros,
El oro en vil ceniza y los ojos en ríos.
Y las madres gritaban: —Devuélvenos al niño.
Para hacerle morir ¿por qué haberlo creado?
Un único gemido en tierra, arriba, abajo;
De los dedos huesudos se alzaban garabatos;
Gemía un frío viento en mortajas innúmeras;
Los pueblos olvidados, parecían bajo el dalle
Un rebaño friolento que se oculta en la sombra;
Bajo sus pies todo era duelo, noche y espanto.
Tras ella, con la frente envuelta en llamas suaves,
Un ángel sonriente portaba el haz de almas.

EL MENDIGO

Un pobre hombre marchaba bajo el cielo y la escarcha.
Golpeé sobre el cristal; se detuvo delante
De mi puerta, que abrí de manera educada.
Regresaban las recuas del mercado del pueblo
Llevando a los labriegos encima de la albarda.
Es el viejo que habita en un hueco, debajo
De la cuesta y medita y aguarda en soledad
Un destello de lo alto, de la tierra un ochavo,
pidiéndole a los hombres y rezándole a Dios.
Yo le grité: «Acérquese y caliéntese un poco»
«¿Cuál es su nombre?» Y respondió: «Me llamo
El pobre» Y le cogí de la mano: «¡Adelante!»
Mandé que le sirvieran una taza de leche.
El anciano temblaba de frío, y al hablarme
Le respondí a mi vez lejano y sin oírle.
«Su ropa está empapada». Dije. «Habrá que extenderla
Ante la chimenea». Se acercó a la fogata.
Su abrigo, agusanado y en otro tiempo azul,
Extendido a lo ancho ante la viva hoguera,
Picado de agujeros a causa de las chispas
Cubría el hogar, idéntico a un estrellado cielo.
Y en tanto se secaba aquel penoso harapo
Chorreante de lluvia y de agua de los charcos,
Pensaba en aquel hombre repleto de oraciones,
Mirando, sordo a cuanto hablábamos los dos,
Su sayal tachonado por mil constelaciones.

PONTO[1]

Dije a mi negro perro: «¡Ven, Ponto, ven aquí!».
Y me fui por el bosque, vestido de labriego;
Por la espesura andaba, leyendo en viejos libros.
Tanto cuando las ramas son joyeros de escarcha
Como cuando ríe todo, hasta la aurora en lágrimas,
Y la extendida hierba es un triunfo de flores,
Cojo a Froissart, a Tácito, a Montluc[2], mil historias
Y camino, asombrado del crimen en la gloria.
¡Del incesante horror incluso en los mejores!
¡Siempre el hombre en su noche, por sus vigías vendido!
¡Todas las grandes manos de sangre enrojecidas!
Alejandro, ebrio y loco, Cesar, roto de orgías;
Sobre Didier el puño, el pie sobre Vitikind,
A ratos Carlomagno semeja Carlos Quinto;
Catón con carne humana cebando a las murenas;
Tito a Jerusalén masacrando; Turena
héroe, como Bayardo y como Catinat,
en Nordlingue, bandido en el Palatinado;
El duelo de Jarnac, el duelo de Carrouge;
Luis Nono atenazando, al rojo vivo, lenguas.
Cromwell negando a Milton, Servet entre las garras
de Calvino[3]. ¡Grandeza, cuánto espectro en tu torno!
¡Tristes humanos! Huyo a la naturaleza
Y en tanto que me digo: «¡Todo es trampa, impostura,
Mentira, iniquidad, mal de esplendor vestido!»,
Me sigue mi fiel Ponto. El perro es la virtud
Que no pudiendo ser persona, se hace bruto.
Y me contempla Ponto con sus ojos honestos.

Marine-Terrace 3-3-1855

PALABRAS SOBRE LA DUNA

Ahora que mi tiempo como una llama mengua
Que mis tareas acabaron,
Ahora que a la tumba me aproximo
Por años y por duelos
Y que al fondo del cielo que mi ímpetu soñó,
Veo huir, arrastradas a la sombra,
Como ese torbellino del pasado que huye
Tantas cumplidas horas.
Ahora que digo: Un día llega al triunfo;
Al otro todo es falso
Estoy triste y camino al borde de las olas
Encorvado y ausente.
Miro, más allá de colinas y valles
Y de mares sin fin agitados,
Volar bajo el pico del buitre aquilón
El blanco vellón de las nubes;
Oigo al viento en el éter, al mar en las rocas,
Al hombre que apila la mies;
Y en mi espíritu escucho y confronto
Lo que habla y lo que murmura;
Y a veces permanezco en quietud
Sobre la hierba de la duna
Hasta la hora en que aparecen soñadores
Los ojos siniestros de la luna.
Asciende, enviando un rayo dormido
Al espacio, al misterio, al abismo;
Y entrambos nos miramos con fijeza
Ella que brilla, yo que sufro.
¿Dónde fueron mis días desvanecidos?
¿Alguno hay que me conozca?
¿Queda algo en mis deslumbrados ojos
De aquel juvenil fulgor?
¿Todo huyó? Estoy solo y cansado
Llamo sin que me oiga nadie.
¡Oh vientos y olas! ¿Soy sólo un soplo,
Sólo una mísera onda?
¿Jamás veré ya cuanto amaba?

Anochece dentro de mí.
¡Oh tierra!, con bruma en las cimas,
¿Soy yo el espectro y tú la tumba?
¿Agoté amor, vida, esperanza?
Aguardo, pregunto, imploro;
Vuelco mis urnas para obtener
De cada una algunas gotas.
¡Qué cerca el recuerdo de la culpa!
¡Cómo al llanto todo nos lleva!
¡Y qué fría estás al tacto, muerte,
Negro cerrojo de nuestra puerta!
Y medito escuchando al viento,
Y a la ola de abruptos pliegues,
Ríe el estío y se ve en la orilla
Abrirse el cardo de la arena.

5-8-1854, aniversario de mi llegada a Jersey

APARICIÓN

Contemplé un ángel blanco que sobre mi pasó;
Su deslumbrante vuelo la tempestad aplacaba,
De lejos acallando el estruendo del mar.
—¿Qué pretendes hacer, ángel, en esta noche?
Le dije.— Respondió: —Vengo a llevarme tu alma.
Al notar que era hembra se hizo conmigo el miedo
Y le dije temblando, tras tenderle los brazos:
—¿Y que me quedará cuando desaparezcas?
No contestó. El cielo al que asedia la sombra
Se borraba…— Si tomas mi alma, le grité,
¿Adonde irá a parar? Enséñame ese sitio.
Y se callaba siempre. ¡Oh huésped de lo alto!,
¿La muerte significas? —dije, ¿O más bien la vida?
Y avanzaba la noche sobre mi alma absorta,
Y el ángel, ya borrándose, me dijo: —El amor soy.
Su frente, ya entre sombras, aún más bella lucía
Y en el distante fondo de sus bellas pupilas
Distinguí astros detrás de plumas y de alas.

PASTORES Y REBAÑOS

A Madame Louise C.

El valle donde acudo a diario es hermoso,
Sereno, abandonado, solo bajo los cielos,
Con espinos en flor; una triste sonrisa.
Consigue que olvidéis que otras cosas existen,
Y sin los mil rumores de las tareas del campo
Jamás se sabría allí si alguien, afuera, existe.
Hace el amor la sombra y el natural idilio
Ríe. Allí el verderón pelea con el pardillo,
La curruca se pone su desviada cofia;
A veces hay espinos y a veces hay retamas,
Ya los toscos granitos o los rientes musgos,
Porque Dios traza un texto con todas las variantes;
Como el antiguo Homero a veces se repite
Mas siempre con los montes, flores, olas y bosques.
Un charco puede verse, con su rostro risueño,
Que toma aires de mar para la errante hormiga,
Ironía desplegada en medio de la hierba
Que ignora el océano bramando allá a lo lejos.
A veces tropezaba en la espantable roca
A un dulce ser; quince años y ojos zarcos, pastora
De cabras y habitante, al fondo de un barranco,
De una arruinada choza constelada en la noche;
En tanto sus hermanas hilando están los copos,
Ella enjuga en los juncos sus pies que el lago moja;
Ovejas y carneros pacen; si, sombrío espíritu,
Aparezco, la pobre tiene miedo y sonríe;
Pura inocencia ella, entonces la saludo.
Sus crías, en el prado entre fragantes flores
Brincan, y cada cual, incendiándose al sol,
Deja en las zarzas para que el cierzo se lo lleve,
Como un cendal de espuma, algo de su vellón.
Llego, y niña y rebaño, se ocultan en la niebla;
El crepúsculo extiende sobre los surcos grises
Sus alas de fantasma, su vuelo de murciélago;
Aún escucho a lo lejos, en la activa llanura,

Cantar detrás de mí a la dulce cabeza,
Y lejos, allá enfrente, al guardián pensativo
De la espuma y del alga, del arrecife y la ola,
De las mareas sin tregua y sin fin sucedidas,
Al pastor promontorio que se cubre de nubes,
Se acoda y sueña al son del infinito todo,
Y en la lenta ascensión de las benditas nubes
Mira cómo se eleva la luna poderosa
Mientras tiemblan las sombras y la ráfaga dura
Dispersa en derredor con su silbido áspero
La lana de los lúgubres corderos de la mar.

Jersey, Grouville, abril 1855

He cortado esta flor para ti en la colina.
En el duro declive sobre el mar inclinado
Que sólo sabe el águila y que sólo ésta alcanza.
Apacible crecía en las rocosas grietas.
La sombra cubría el flanco del negro promontorio;
Veía, como se erige después de una victoria
Un gran arco de triunfo destellante y rojizo,
Y en el lugar en donde se había hundido el sol,
Construir a la noche un pórtico de nubes.
Se alejaban las velas, chicas en la distancia;
He cortado esta flor para ti, amada mía.
Es pálida y carece de aroma su corola.
Su raíz no ha cogido, en lo alto del monte,
sino el olor amargo del amarillo fuco;
Le ha dicho: «Pobre flor, desde esa cima alta
Te debías hundir en el inmenso abismo
Donde el agua y la nube y las velas acaban.
Ve a morir sobre un pecho, abismo aún más profundo,
Ájate sobre el seno donde un mundo palpita.
El cielo que te creó, a fin de deshojarte
Te hizo para el océano, yo te entrego al amor».
Se arremolinó el viento; del día no quedaba
Más que una vaga lumbre lentamente borrada.
Allá en mis pensamientos ¡qué triste me sentía
En tanto que soñaba y que la negra sima
Penetraba en mi alma con el frío vespertino!

Isla de Serk, agosto 1855

Oh estrofa del poeta, antaño entre las flores
Mil besos arrojando a sus colores mil
Gozabas y de abril rodabas la canasta;
Mariposa en los pétalos y abeja en la colmena,
Esparcías el amor, fabricando la miel;
Fundida con el cielo tu alma se encontraba;
De azur era tu veste y de luz tu mirada;
A los fraternos cánticos, gritabas: «¡Acudid!
Choza, aldea, regato, todo canta. ¡A él el alba!»
Y, dulce, tú brincabas y reías. Pero él,
El severo habitante de la caverna pálida
Que en lo alto aclara el día y el Averno enrojece,
El poeta que tornaran senil antes de tiempo,
El dolor en la vida y en las artes el drama,
Indagador de simas, rastreador de sombras,
Sacó un día la cabeza desde el montón de escombros
Y al vuelo te atrapó en la hierba y los trigos,
Y a pesar de tu espanto y repetidos gritos
Sollozando, te lleva al idilio feliz;
Te consagra a los campos, a la fuente, a la encina,
Al amor de los bosques junto al caliente nido;
Y ahora, al propio tiempo cautiva y soberana,
Prisionera en lo oscuro de su profundo espíritu,
Por entre las visiones que, como la onda, flotan
Bajo su cráneo a un tiempo celeste y subterráneo,
Sentada y acodándote sobre un trono de bronce
En tu memoria viendo como una sombra vana
Extinguirse el fulgor del día y la llanura,
Por el amo cuidada y calma y en derrota
En tanto que a tu lado los dramas, negro grupo,
Hojean el registro de las sombrías pasiones,
Tú sueñas en su noche, siniestra Proserpina.

Jersey, noviembre 1854

CADÁVER

¡Oh muerte! ¡Hora soberbia! ¡Oh mortuorios rayos!
¿Alguna vez habéis alzado los sudarios?
Y, en tanto que se llora y que a la cabecera
Hermanos, niños, deudos, la madre demacrada,
Sollozan transtornados ante el duelo que sufren,
¿Habéis notado cómo el cadáver sonríe?
Gemía hace un momento, se revolvía, se ahogaba;
Más ahora rutila. ¡Abismos! ¿Quién consigue
Ese fulgor del hombre al entrar en las sombras?
¿El sepulcro qué es? y ¿de dónde proviene
Esa serenidad portentosa del muerto?
El secreto se rompe y ya el ser está fuera;
Yel alma —que contempla, brilla y luego llamea—
Ríe, y el cuerpo mismo posee un júbilo atroz.
La carne dice: Voy a pujar tras ser tierra,
Floreceré cual savia y amaré como flor.
Retoñaré de nuevo en la alta juventud
Del agua viva, el olmo, el roble y el zarzal.
Me verteré en los lagos, las olas, las montañas,
Las rocas, los fulgores de los ponientes púrpura,
Los hondones, las breñas, las brisas de la nube,
Los profundos murmullos de la vida ignorada.
Voy a ser ave, viento, grito, rumor celeste
Y un estremecimiento del todo prodigioso.
Esos átomos laxos, cuyo dueño era el hombre
Son felices al ser en el ser liberados,
Al vivir y al volver al precipicio que aman.
El aliento, al que agriaba y encendía la fiebre
Llegará a ser perfume y la voz armonía;
Retornará la sangre a la vena infinita
Y correrá —regato— en campos donde el buey
Muge al caer la tarde con la hierba en las corvas;
Han tomado los huesos la majestad del mármol;
Nota la cabellera el temblor de los árboles
Y piensa en ciervos raudos, en la yedra, en mil nidos
Que de la primavera le traerán el aliento.
Y mirad el semblante que extraña sombra vela

Y que parece ser una estrella emergente.
Dios lo quiere, la muerte es el canto inefable
Del alma y de la bestia separándose al fin;
Es un doble final, abierto al doble ser.
Dios dispersa en esa hora inexplicable y turbia
En el cosmos el cuerpo y el alma en el amor.
Una especie de azul que dora un vago día,
Aire de eternidad, potente, sano, calmo,
Se mueve y resplandece bajo el lúgubre paño;
De los pliegues del lienzo ruedan nuestros pesares.
Es azul tu color ¡oh muerte!, ¡oh paz! La sombra,
Los juncos del estanque, la roca del montículo,
El avance implacable del crepúsculo,
El viento, feroz soplo o soplo providente,
Agua, aire, fuego, tierra, todo, inclusive el cielo,
Se interesa en tal carne, que solemne se vuelve.
Y estalla en la pupila un inicio de astro.

En el cementerio, agosto 1855

¡Oh sima! Cae el alma y a la duda acarreas.
Oímos, gota a gota, adensarse en nosotros
Tal el agua en las pilas, a las horas.
Neblinoso es el hombre, sombríos cielo y mundo;
Las sombras de la noche en la sombra se agitan;
Y, pálidos, nosotros contemplamos.
Contemplamos lo oscuro, lo invisible, lo ignoto.
Sondeamos lo real, lo ideal, lo posible,
Al ser, constante espectro.
Miramos cómo tiembla la sombra indefinida.
Y andamos acodados sobre nuestro destino
Con la mirada fija y el espíritu trémulo.
Acechamos los ruidos en fúnebres vacíos;
Escuchamos el soplo, errante en las tinieblas,
Con que tiembla la sombra;
Y perdidos, a veces, en noches insondables,
Vemos como se alumbra con formidables brillos
El cristal de lo eterno.

Marine-Terrace, septiembre 1853

VIAJE NOCTURNO

Se impugna, se disputa, se proclama, se ignora.
Es cada religión una sonora torre;
Lo que un cura levanta, lo destruye otro cura;
Cada templo, tirando de su soga en la noche,
Consigue, en la siniestra y grave oscuridad,
Sacar un son distinto a la eterna campana.
Nadie conoce el fondo y nadie ve el remate.
Pareciera demente la humana dotación
Y es el vigía un ciego y un manco el timonel;
Hemos pasado, apenas, desde el salvaje al bárbaro,
Apenas franqueamos el más oscuro horror,
Apenas, entre el vértigo y la equivocación,
En esa bruma donde sueña y aguarda el hombre
Y sin salir del mal de lo peor se aparta,
Al retornar el tiempo que nos pisa el talón
Gritándonos: «¡Detente!», «¡Vamos!» pronuncia Sócrates,
Dice Cristo: «¡Más lejos!» y el apóstol y el sabio
Acaban preguntándose, uno al otro, en el cielo,
Cuál será el gusto de la hiel y la cicuta.
A veces, viendo al hombre cruel, pérfido e ingrato
Satán coge su mano bajo el manto de sombras.
A un caminar a ciegas le llamamos la ciencia
y, espantoso temblor, el abismo, a la rueda,
Se abre y cierra; la vista igualmente se espanta
De todo cuanto se hunde, de lo que queda a flote.
Sin cesar, el progreso con su doble engranaje,
Consigue que algo marche, arrollando a otro algo.
El mal puede ser gozo y el veneno perfume.
El crimen con la fe, sombrío y melancólico
Pelea; el puñal habla y replica el cadalso.
Escuchamos, sin ver el manantial ni el término,
Detrás de nuestra noche, detrás de nuestra ansia,
Cómo ríen la Ignorancia y la larva Miseria.
¿Tiene razón el lirio? ¿Y es el astro sincero?
Digo sí, dices no. Tinieblas y relámpagos
Afirman a la vez. ¡Duda, Adán! Y miramos
La noche en el infante y en la mujer la noche;

Y sobre el porvenir reprendemos al alma;
Y abrasado y helado, caos, simún, escarcha,
El hombre de lo inmenso los climas atraviesa.
Todo es bruma. Ululantes silban los huracanes
Y de nuestros ardores nubarrones levantan
«Sube el hombre»— Rousseau; «No, desciende»
—De Maistre.
Mas ¡oh Dios! el navío enorme y agitado,
El monstruoso barco sin velas ni aparejos,
Que flota, oscuro globo, en el mar de los astros
Y arrastra nuestros males, hormigueo de los hombres,
Va, marcha, boga y rueda y sabe su camino;
El sombrío firmamento, donde el blancor despunta,
Al horrible vaivén mezcla un temblor de aurora,
Por momentos la suerte menos turbia aparece;
Y de pronto notamos que el azul nos arrastra.

Marine-Terrace, octubre 1855

LO QUE DICE LA BOCA DE SOMBRA

Desciende el hombre en sueños a la sima absoluta.
Yo erraba junto al dolmen que señorea a Rozel[4],
Allá donde la punta en isla se prolonga.
Me aguardaba el espectro; el ser sombrío y sereno
Me agarró del cabello con su mano gigante
Y llevándome a lo alto de la roca, me dijo:

* * *

Debes saber que todo cumple su ley, sus fines;
Que del astro a la larva, la inmensidad se escucha;
Que posee conciencia toda cosa creada
Y el oído pudiera alcanzar la visión,
Que las cosas y el ser no interrumpen su diálogo.
Habla todo: los vientos y el alción que los surca,
Las briznas y las flores, gérmenes y elementos.
¿Pensabas de otra forma, acaso, al universo?
¿Qué Dios, por quien la forma al número abandona
Hubiera permitido que sonaran las selvas,
La tempestad, el torrente que arrastra oscuros limos,
La roca entre las ondas, en los montes las bestias,
La mosca, el matorral, el zarzal con sus moras,
Y que nada expresara ese eterno murmullo?
¿Crees que el agua del río, los árboles del bosque
Sin nada que decir, elevarían su voz?
¿Que es el viento marino un tañedor de flauta?
¿Tú crees que el océano, que se crece y que lucha,
Podría contentarse con bostezar día y noche
Para nada, exhalando un ruidoso vapor
Y querría rugir bajo el raudo huracán
Si el rugido no fuese una palabra?
¿Supones que la tumba, en musgo y noche envuelta,
Tan sólo sea silencio? ¿Y te figuras tú
Que la densa creación, que estila componer
Su rumor con los pálpitos del lirio y de la rosa,
Con el rayo, las olas, el aliento celeste,
Ignora lo que dice al dirigirse a Dios?
¿Creías que era tan sólo una lengua abultada?
¿Piensas que balbucea la gran naturaleza

Y que Dios se daría, en su inmensidad suma
Por placer absoluto y de manera eterna
El farfullar penoso de cualquier sordomuda?
No, la sima es un padre y la sombra un poeta;
No, todo es una voz y todo es un perfume;
Todo, en el infinito, dice una cosa a alguien;
Un pensamiento rige el soberbio tumulto.
Dios no forma un rumor, sin implicar al verbo.
Todo, como tú, gime o canta como yo.
Todo dice. Y ¿tú sabes, hombre, porqué es así?
Oye bien: porque llamas, porque vientos y espumas,
tallos, árboles, rocas, ¡todo vive!
Todo está lleno de alma.
Pero ¿cómo? Ahí reside el misterio inaudito.
Y puesto que en la ruta no te has desvanecido,
Hablemos.

* * *

Dios, tan sólo creó al ser imponderable.
Y le formó radiante, bello, adorable, puro
imperfecto; sin esto, y con altura idéntica,
Siendo la criatura al creador pareja
Aquella perfección, perdida en lo infinito,
Hubiérase con Dios confundido y mezclado
Y al fin, la creación, a fuerza de fulgor,
A Él habría regresado y nunca hubiera sido.
La creación sagrada en que el profeta sueña,
Para ser, ¡oh misterio!, debió ser imperfecta.
Dios hizo el universo, y de éste nació el mal.
El ser creado, provisto del rayo bautismal,
En tiempos cuya huella nosotros conservamos,
Planeaba en la luz con sus alas de gloria;
Todo era incienso, cántico, llama, deslumbramiento;
Erraba el ser dorado en su mágico rayo
Y de cualquier fragancia cada vez era el huésped;
Todo era danza y vuelo.
Pues la falta primera
El peso inicial fue.
Dios un dolor sintió.
Tomó el peso una forma, y como el pajarero
huye llevando el pájaro que tiembla y se debate,
cayó, arrastrando al ángel perdido en su caída.
Había sido hecho el mal. Y todo se agravó;
Y el éter se hizo aire, y el aire viento fue;
El ángel llegó a espíritu y el espíritu a hombre.

Cayó el alma, aumentando la suma de los males
En el bruto y el árbol, y por debajo de ellos
en el mudo pedrusco, ese ciego espantoso.
¡Seres viles que, airados, enumeran los ángeles!
Y de todo este magma los mundos se formaron,
Y detrás de esos bloques nació la oscura noche.
El mal es la materia. Negro árbol, fatal fruto.

* * *

¿No te quedas absorto cuando miras tu sombra?
Esa cercana sombra, rampante, horrible, oscura
Que, ligada a tus pasos como un espectro vivo
Tan pronto está delante como se queda atrás,
Que a la noche se funde, gran hermana fatal,
Y que contra los días, negra y dura, protesta.
¿Viene de ti? Sin duda: de tu carne, del lodo
Con que para ser diablo se reviste el espíritu;
De ese cuerpo que, fruto de tu falta primera,
Habiendo a Dios dejado es opaco a la luz;
De tu materia ¡ay! y de tu iniquidad.
Y dice aquella sombra: yo soy un ser enfermo;
Un día ya caí; puedo caer aún más.
Deja pasar el ángel la aurora a su través;
Ningún oscuro signo sigue al ser aromal[5];
Hombre, cuanto da sombra, el mal lleva consigo.

* * *

Aquí aparece, al fin, el roquedal nefasto
E intentaré explicarte todo lo que te indico;
Voy a inundar tus ojos de noche y resplandor.
Disponte, triste frente, a sudores mortales.
Cuanto me arranca el viento que en lo alto me rebasa
Te lo lanzo; contémplalo.
Y sobre todo aprende
Que el mundo donde vives es un mundo siniestro
Ante el que el soñador, bajo un ingente peso,
Al cielo alza sus brazos y se vuelve espantado.
Es lúgubre tu sol y tu tierra es horrible.
Vives en el umbral de un mundo que es castigo.
Pero de Dios no estás fuera completamente;
Dios, sol en el espacio y chispa en la ceniza
No está fuera de nada pues total es el fin;
Y tanto como el rayo, la chispa es su mirada;
Pues todo, incluso el mal, la creación integra,
Ya que está en el reverso de la máscara el rostro.
—¡Oh sombra, ala invisible de envergadura inmensa!

¡Oh espíritu, oh espíritu! —gritaba transtornado.
Sin haberme escuchado, el espectro siguió:

* * *

Demos un paso más en cosas tan profundas:
Hombre, proyectas, haces, construyes y estableces;
Y dices: —Estoy solo, yo soy el pensador.
No tiene si no a mí el opaco universo.
De este lado es de noche y más allá, los sueños.
El ideal es ojo que la ciencia vacía.
Yo soy, al cabo, el fin como yo soy la cúspide.
A ver ¿has observado al buey que se somete?
¿Escuchaste el sonido de tu paso en el mármol?
¿Interrogas a la onda? Y ¿cuando ves los árboles,
Te detienes a hablar con esos religiosos?
Como por la ladera de un prodigioso monte,
En ruidoso desorden, del fondo de la sombra
Ves alzarse hasta ti la sombría creación.
La roca está más lejos, el animal más cerca.
Tú apareces al fondo como la altiva cumbre.
¿Crees tú, por fortuna, que un ser loco nos miente?
La escala que estás viendo, ¿piensas tú que se quiebra?
¿Crees tú, cuyos sentidos son por lo alto alumbrados
Que la creación que, gradual y lentamente,
A la luz se encamina, y en su marcha compleja
Logra mil claridades con materias menguantes
Y agrega mil instintos al monstruo decreciente,
Crees tú que esa vida enorme, proveyendo
De soplos al boscaje, de fulgor a las sienes,
Que va de piedra a árbol y de árbol a bestia
Y de la piedra a ti sube insensiblemente,
Se para en el abismo, frente al límite-hombre?
No: ella continúa, admirable, invencible,
Prosigue en lo invisible y hasta en lo imponderable
Y para ti se borra, vil carne, llena el cielo
De un mundo deslumbrante, espejo de este oscuro,
Con seres casi humanos y otros bien diferentes,
Espíritus purísimos, videntes circundados de esplendor,
Ángeles de luz hechos, como el hombre de instintos;
Se desliza a través de inesperados cielos,
Ascensión eminente de escalas estrelladas,
De trabados demonios a almas aladas llega
Llega a posar la frente en los radiantes pies,
reúne al astro espíritu con el arcángel sol,
Enlaza, atravesando distancias infinitas

Los grupos constelados y las legiones zarcas,
Puebla lo alto, lo bajo, los bordes y mitades,
Y en las profundidades de Dios se desvanece.
Tal escala aparece vagamente en la vida
Y en la muerte. Los justos siempre la transitaron;
Jacob, después de verla; sin lograrlo, Catón.
Sus peldaños se llaman duelo, exilio y deber.
Y esta escala proviene de más allá del orbe.
Sabrás que ella comienza en un mundo secreto,
Mundo de los espantos y de las perdiciones;
Y que llega, por entre las pálidas visiones,
De la sima en que yacen las larvas y los crímenes,
Donde la creación, turbando a los abismos
Se prolonga en la sombra, espectro indefinido.
Pues debajo del globo donde se exilia el hombre,
Bajo vosotros, hombres, en el nadir sin brillo
Y en esa plenitud de horror, tal vez vacía,
El mar, que por la carne os dominaba ¡ay!
Desemboca un vapor monstruoso que vive.
Se hunde y entierra allí, en mares de desastres
La serpiente Universo con escamas de astros;
Todo flota y se esfuma en oscuro naufragio;
En la sima sin bordes, ni tragaluz, ni muros
Por todo lo vivido solloza la ceniza.
Y se ve allá en el fondo, si la mirada osa,
Más allá de la vida y del soplo y del ruido
Un horrendo sol negro del que la noche irradia.

* * *

La materia, pues, pende del ideal y arrastra
Hacia la bestia al alma, el ángel hacia el sátiro,
Lo alto hasta lo bajo, el amor al deseo.
Con lo grande, abismado, construye lo pequeño.
Cómo de tanto azul, tanto terror se engendra,
Cómo da sombra el día, ceniza el puro fuego,
El porqué la ceguera se sigue del vidente,
Cómo del llameante desciende el tenebroso,
Cómo del monstruo espíritu surge el monstruo materia,
Un día, en el sepulcro, siniestro guardarropa,
Lo sabrás, pues la tumba para el saber fue hecha.
Lo verás; de momento puedes sólo entreverlo;
Más como Dios permite que te advierta mi voz
Te hablo.
Y, por cierto, ¿qué será la justicia?
¿Quién la expresa y la hace, dónde y en qué momento?

¿quién calibra la falta y quién la punición?

* * *

Se mueve el ser creado en la luz infinita,
Sabe dónde el bien cesa y dónde el mal comienza;
Tiene por jueces a sus actos.
Basta
Que sea malvado o bueno; todo cuanto se hace,
Crimen, es nuestro alcaide; o, virtud, nos libera.
El ser, en su ignorancia, él mismo el libro abre;
Su calmada conciencia con el dedo señala
Cuanto le adeuda Dios o la sombra le vela.
Se actúa y se gana acaso; otras veces se pierde;
Es posible ser chispa o bien salpicadura;
Fango o luz, planeante arcángel o bandido;
La vasta escala existe. Como yo te lo dije,
Por infinitas zonas la vida universal
Sube; luego destella por incontables gradas,
desde la noche infame al fascinante azul.
Al transitarla el ser llega a ser malo o puro.
Planea arriba la gloria; el horror serpea abajo
Según que el alma férvida, buena, serena, amable
Hacia la luz aspire y tienda al ideal
O se rebaje, inmunda, al progreso del mal.
En la vida infinita, se sube o se desciende
O se cae; y todo ser es su propia balanza.
No es Dios el que nos juzga. Y, viviendo al unísono,
nos pesamos; y luego, según peso, bajamos.

* * *

Sólo nos acercamos con los párpados bajos
A esas inmensidades del fondo.
¡Ven, si puedes!
Escruta en ese pozo vertiginoso y triste,
De la creación cuenta los tenebrosos nudos.
Mira, mide:
debajo del hombre que contempla,
Que puede ser cloaca y que puede ser templo,
Ser en quien el instinto en razón se resuelve,
el animal se inclina a la tierra; debajo
del bruto está la planta, inerte, sin sus párpados
Y sin gritos; debajo de la planta la piedra;
Todavía más abajo, yace el caos sin nombre.
En tal sombra avancemos. Se tú mi acompañante.

* * *

Todo el que incurre en falta, una celda se forja.
Los malvados, que ignoran qué misterio les cubre,
Los seres de la furia, la traición y la sangre
A través de sus actos elevan su prisión;
Cualquier bandido, cuando la muerte le golpea
y despierta aterrado, se sorprende en la cárcel
Que su crimen le forja, trepando a sus espaldas;
Tiberio en una roca, en serpiente Seján[6].
Marcha el hombre sin ver cuanto hace en el abismo.
Si topase a su víctima se turbaría el malvado
Porque es él. El tirano, el sombrío opresor
A todos golpeando sin piedad, forja al clavo
Que le fija en la sombra, de la materia al fondo.
Las tumbas son los huecos del tamiz-cementerio
Del que surge, semilla en campo de tinieblas,
El torbellino horrible de las almas.

* * *

El malo
Alumbra, cuando expira, al monstruo de su vida,
Que le atrapa. El horror se sigue del horror.
Gruñe Nemrod aislado en la montaña a pico;
Cuando Dalila baja a la tumba, un áspid
sale de la mortaja, portando su alma falsa;
Friné muere, un escuerzo se escapa de la fosa;
Ese escorpión debajo de una piedra dormida
Es Clitemnestra en brazos de Egisto, su querido;
De la tumba de Anito se escapa la cicuta;
El acebo y la ortiga del agudo aguijón
Gimen si el aquilón los azota, y el viento
les dice: «¡Calla Zoilo!» y «¡Sufre, Ganelón!»
Dios cede, choque atroz por el que el llano aúlla,
Al corcel Brunehaut el suelo Fredegunda;
Las tenazas al rojo en la hoguera execrable
están compuestas de Alba y Felipe Segundo;
Farinacci es un gancho de las carnicerías;
Ese quebrantahuesos tiene el mirar de Jeffryes;
Tristán está en secreto en el palo de una horca.
Al caer en la muerte todos estos bribones: Macbeth,
El tercer Ricardo, Carrier, Ezzelin, Sforza,
Les pone la materia su camisa de fuerza.
Cómo en su dicha, ¡ay! que oculta un sombrío fallo
Mesalina o la horrible Isabel temblaría
Si desde sus acciones, del sepulcro ya próximas,
Esta mujer notara que le brotaban raíces,

Y habiendo sido un monstruo, en flor acabaría.
¡A cada cual su crimen! ¡Su pena a cada cual!
Claudio es alga que el agua lleva de puerto en puerto;
Jerjes es excremento, Carlos IX un cadáver;
Herodes es el mimbre de sollozantes cunas;
La negra alma de Judas, tras casi dos mil años
Se dispersa y renace en el esputo humano;
Y el viento, que hace mucho soplaba en las Sodomas,
Mezcla en el sucio hogar y bajo el vil caldero
Al humo de Erostrato con la llama Nerón[7].

* * *

Y bestia, árbol y roca, mientras en tierra viven
Todos son monstruos, menos el hombre en soledad.
El alma, cuyo luto del firmamento viene
Se hunde en diversos grados de castigo
Según que más o menos oscuridad la invada.
El hombre es su prisión, el animal su celda,
Su calabozo el árbol y la piedra su infierno.
El sol allá en lo alto, claro y esplendoroso
Con los ojos la sigue y, lanzándole el alba,
intenta aún atraérsela, tras haberla mirado.
¡Oh caída! En la bestia, por entre los barrotes
Del instinto obstruidos por pálidos suspiros,
Conservando aún la voz, el vuelo y la pupila
Ve a lo lejos el alma el resplandor eterno;
En el árbol tirita y, sin ojos ni luz,
En el viento olfatea aún algo celestial
Apenas reparando en la silueta oscura
Del mundo, que se eclipsa y que se desvanece,
Y enfrentada a su crimen en mitad de la noche.
El alma en tales cárceles su negra falta arrastra.
Y al igual que su forma, su memoria conserva;
Sabe lo que ella es, y cayendo al vacío
Ve la luz que decrece en la pared del pozo;
Asiste a su caída y, rodante guijarro,
Piensa: Yo soy Octavio; y, vil cardo aventado,
Grita al talón: Yo soy el poderoso Atila;
Y gusano en el fondo de la huesa, royendo
Un cráneo infecto y negro, dice: Soy Cleopatra.
Y búho, pese al alba, oso, frente al pastor,
Se conforma a la ley que en lo alto la encadena;
Si es piedra, es propio, se abre y pincha si es espina.
Está encerrado el monstruo en su viviente horror.
Por mucho que desee librarse del espanto

Permanecerá horrible y sufrirá el castigo.
¡Oh misterio! ¡Hasta el tigre, tiene a veces piedad!
Sobre su lomo, el tigre, que tal vez tuvo alas,
Luce negros barrotes de la jaula infernal;
Una trama invisible liga al negro cadalso
Al cuervo cuyas alas de seguro tienen forma;
No puede el alma loba prohibirse ser loba
Pues el monstruo está hecho, bajo el cielo implacable,
Para la expiación por la fatalidad.
Sin comprender, otrora, y con mirada torpe
Casi entrevió la India metamorfosis tal.
La espina se hizo garra, y el pétalo de rosa
Se hace lengua de gato y, entre gritos y sombra,
Horrible, lame y sorbe la sangre del ratón;
Pues ¿quién conoce al monstruo que se llama mandrágora?
¿Quién lo que por las noches el cocuyo ilumina,
Ser en quien la fealdad en resplandor se cambia?
Lo que ocurre en la sombra donde crece la flor
Disimula el terror de los viejos avernos.
¡Espantosos estratos! ¡Cavernas de cavernas,
Fea colmena del mal, del crimen y la culpa!
Una bestia va y viene, aúlla, ruge y muerde;
Ahí se perfila un árbol, con erizadas ramas,
Una losa se hunde en mitad de las calles
Que la carreta aplasta y el invierno destruye,
Y bajo ese espesor de materia y de noche,
Árbol, bestia, empedrado, peso que nadie aguanta,
En esa horrible hondura, un espíritu sueña
¿En qué? ¡Sueña con Dios!

* * *

¡Fatalidad!
¡Vencimiento, retorno, revés de la medalla!
¡Oh ley! En tanto que a la mesa alegres grupos,
Los perversos, los fuertes, toda copa vaciando,
Olvidan que en el hoy se agazapa el mañana,
Instalan su mandíbula en la alegría más loca,
Y he ahí lo que en su noche callada y colosal,
Sus dientes enseñando al fondo del salón,
Les reserva la muerte, reidora siniestra.
Disfrutamos, videntes del cielo superior,
Del extraño espectáculo de esas bajas regiones.
¡Soñador, deberías caer en esas noches!
Escuchamos el grito de la inmensa desgracia.
Más arriba de un lobo, de una flor o una roca

El alma semioculta se nos aparecía,
Sombra en llanto que lucha desenterrada apenas;
La palpa el lobo en tanto que la roca la aprieta
Y la muerde la flor feroz y despiadada.
Escuchamos el ruido del rayo que Dios lanza,
La voz de lo que el hombre denomina silencio
Y vuestros hondos ayes, guijarros abatidos.
Vemos la palidez de esas tapiadas frentes.
Por entre la materia, torpe panteón sin puertas,
Se hace el ángel visible con sus alas inútiles,
Asistimos a duelos, a lamentos, blasfemias,
Furores, y a la noche contemplamos los bosques
De donde van huyendo las larvas encerradas,
Desgreñarse en la sombra en humaredas lúgubres.
¡En todo, en todo, en todo! En los mares y bosques,
En la hierba, en el oro con que se hacen los cetros,
En el junco del que Hermes modela un caduceo,
En todo el escarmiento contempla, observa, espía,
A las cuestiones sordo, triste, huraño, aterrado;
Y todo es ojo del que la mirada se sigue.
¡Oh correctivo! ¡Dédalo de fúnebres volutas!
Construcción de allá abajo que busca las tinieblas,
Se hunde al fondo del orbe, en la noche desciende
Y, Babel invertida, se disuelve en la noche.
En medio habita el hombre, ser que planea y repta,
Crepuscular criatura.

* * *

Él es clemencia y cólera;
Vil fondo de las simas, remate de las torres,
Escalón a la vez de la sombra y la luz.
Baja el ángel, la bestia remonta tras la muerte;
Para la bestia hay gloria, vergüenza sufre el ángel;
Dios mezcla en vuestra raza, infortunados hombres,
Semidioses que espían con monstruos perdonados.
De ahí se sigue que, a veces —¡misterio que Dios vela!—,
Se escuchan de una boca, en apariencia humana,
Exhalarse palabras que rugidos semejan,
Y otras, en diferentes lugares y momentos,
Se ven, sobre una frente, abrirse alas angélicas.
Espíritu y materia en el hombre disputan
Es incapaz en él de incorporarse el alma.
Como la bestia, el hombre con la nada se sacia,
Vacía cada noche la crátera del sueño.
La cadena infernal al pie del hombre asida

Arrastra cada día la impura cloaca
El genio, la belleza del azul despegados,
Mezcla la peste al puro alentar de los pechos,
Y con Sócrates hunde a Aspasia en las letrinas.
Por un lado tan sólo, no hay límite en el hombre.
Tiene el dogal el monstruo, la libertad el hombre.
Soñador, retén esto: es el hombre equilibrio.
El hombre es una cárcel donde está libre el alma.
Esta actúa en los hombres, hace el bien, hace el mal,
Asciende hasta el espíritu, al animal recae;
Y para que, en su vuelo al cielo nada trabe
A su alada conciencia, sólo de Dios colmada,
Dios, cuando surge un alma en el hombre de bien,
Anula en su recuerdo el hilo del pasado;
De ahí que la noche sepa mucho más que la aurora,
El monstruo se conozca cuando se ignora el hombre.
Es sufrimiento el monstruo, como el hombre es acción.
El hombre es lugar único en la entera creación
Donde, para ser libre haciéndose mejor,
Debe el alma olvidar su anterior existencia.
En el umbral de todo, sueña arrobada el alma.

* * *

El hombre no ve a Dios, pero puede alcanzarlo
Siguiendo el resplandor del bien siempre presente;
El árbol, monstruo, roca o bestia retumbante
Ve a Dios, he ahí su pena, y está atraillado lejos.
Tiene el amor por ala y por yugo el deseo
El hombre, y la tiniebla en todo cuanto siembra;
La noche está en sus ojos como una fumarola;
Hombre, todo lo ignoras; tú, demudado ¡sigues!
Tal vez el velo oscuro que te cubre, ¡oh fugaz!
Huye y flota en el viento que de otra esfera sopla,
Se despliega un instante en la luz más extrema
Ycae de nuevo en ti, espectro, y vuelve el negro.
Tus sabios y filósofos han tratado de ver;
¿Qué han visto, dicho, actuado, esos hijos de Eva?
Nada.
¡Hombre! En torno de ti sueña la creación.
Mil ignorados seres te rodean en tu muro.
Vas y vienes y duermes bajo sus negros ojos,
Sin sentir como alientan en torno de tu vida:
Toda una legión de almas sin tregua te avasalla
A la que pisoteas mientras de ti se apiada.
Tus pasos hacia el día los vigila la sombra,

Lo que tú llamas cosa, naturaleza muerta,
Sabe, escucha y entiende. El cerrojo en tu puerta
Ve llegar tu delito y se querría correr.
Tu cristal sabe de albas. Dice: «¡Amar! ¡Ver! ¡Crear!»
Los velos de tu lecho se agitan con tus sueños.
En los turbios proyectos, cuando, loco, tú cedes,
A un paso del sepulcro musita la ceniza:
Contémplame, yo soy lo que queda del mal.
¡Ay!, el hombre imprudente tortura, oprime, vende.
En su infierno, la bestia ve ambos lados del crimen;
Podría dar un lobo consejos a Nerón.
¡Hombre! ¡Hombre! ¡Águila ciega, pequeño cual insecto!
En tanto que en tu Louvre, o bien en tu pocilga
Vives, sin tan siquiera descifrar la primera
De las constelaciones, alfabeto que luce
Y titila en la página inmensa de la noche,
En tanto tú maldices, en tanto que tú niegas,
En tanto que tú dices: ¡No! a los astros y genios:
¡No! al ideal y ¡No! a la virtud: ¿Por qué?
En tanto te mantienes al margen de la ley
Copiando los desdenes inquietos o inflexibles
De esos sabios que sueñan fijados en sus bustos,
Y dices ¿qué sabemos? amargo, frío, escéptico,
Ensuciando tu boca con risas negadoras,
Por entre el matorral de la naturaleza
Olfateando lo eterno con su hocico deforme
En la sombra, a tus pies, contempla a Dios tu perro.
Te entiendo. Dices: ¡Lástima! Poca cosa es la bestia
Y nada el ser humano. ¡Ley dura, abismo, sombra!

* * *

¡Soñador! Esta ley miserable es sublime
Pero hay que repetírsela a tu débil espíritu.
A la fatalidad, ley del monstruo cautivo,
Se le sigue el deber, fatalidad del hombre.
Así, por todas partes se consuma la prueba
En el monstruo cautivo y el hombre inteligente,
La dura obligación cambiándose en deber
Y el alma, retornada a su inicial belleza,
Va de sombra fatal a luz absuelta.
Porque, te lo repito, para transfigurarse
Y para redimirme, debe ignorar al hombre.
Seguro que está ciego en todas las ventiscas
En las que, como un niño provisto de andaderas,
El hombre a la visión iría en derechura.

Es la duda su fuerza y, a la vez, su castigo.
Él ve la rosa y niega; ve la aurora y vacila.
¿Dónde estaría el mérito de encontrar su camino
Si el hombre, viendo claro, rey de su voluntad,
Encontrara certezas con su libre albedrío?
No. Preciso es que dude en la naturaleza,
Que se tiña de opciones su tremenda aventura
Y que compare al vicio agitando su espejo,
Al crimen y al placer, el llanto del deber;
Necesario es que dude: tras impío, creyente;
Corre del mal al bien, escruta, tantea, espía,
Va y viene y, tembloroso, de pie o arrodillado,
Triste, abierto de brazos, en todo busca a Dios;
Palpa hacia el infinito hasta que al fin lo siente,
Entonces su alma alada, estremecida estalla;
El ángel deslumbrante luce en el hombre diáfano.
Le hace libre la duda, grande la libertad.
Sabe la esclavitud; la libertad supone,
Hueca, capta el efecto, lo compara a la causa,
Cree desear la dicha y quiere el firmamento;
Y, buscando el guijarro, al diamante tropieza.
De este modo, del cielo, lenta, el alma se adueña.
Ella expía en el monstruo; en el hombre repara.

* * *

Si, tu fiero universo, es de Dios el forzado.
Esas constelaciones, sombrías letras de fuego,
Son marcas infamantes en la espalda del mundo.
En las regiones vuestras, tanto cunde el espanto
Que en el hombre, marcado con un hierro candente
Al alzar a los astros sus ojos, en la altura,
El cáncer resplandece, llamea el escorpión
Y ladra el can siniestro allá en la inmensidad.
Soles desconocidos se agolpan en su frente
Como el horror, el duelo, la afrenta y la amenaza;
De todas partes llega la ilimitada sombra;
Abajo lo malvado, lo execrable, lo oscuro,
Lo peor, pila odiosa, hormiguean; al fondo,
En lo fosco, permutan todo cuanto realizan;
Satán aporta el crimen y Tifón[8] el horror;
¡Lúgubre intimidad del abismo y del mal!
¡Nupcias del alma monstruo y del monstruo universo!
¡Torpe beso! Y lo informe que lo perverso engendra,
La materia, el montón, el fango, los infiernos,
La escoria, el caos, el frío, que del odio provienen,

Los frentes de belleza que habitan los demonios,
Los seres maldecidos, mezclados al vil cieno,
Por la bestia feroz y la planta atrapados,
El crujido de dientes, la risa atroz, el miedo,
El orgullo, que pone bajo si al infinito
Se arrastran prisioneros por la cueva nocturna.
La puerta construida con la sombra es pesada.
De vez en vez asciende del insondable abismo
El rumor del esfuerzo que los montes, las olas,
Los volcanes, los bosques, las duras alimañas
Y los monstruos realizan para alzar el pestillo.
Y sobre esta montaña de crimen y de sombra
Ese cielo imponente es el sello de Dios.
Por eso, soñador cuyo voto es la muerte,
Tanta angustia se inscribe en la frente del monje.
Te acabo de mostrar la sima. Tú la habitas.

* * *

Los mundos, en la noche que llamáis el azur,
Por las brechas que abre en su muro la muerte,
Se arrojan uno u otro, mientras huyen las almas.
En vuestro globo donde hay tanta cárcel sórdida
Albergáis malhechores de todo el universo,
Condenados que llegan de los cielos más varios
Y en vuestras rocas sueñan o en un árbol se mecen
Hasta tal punto atónitos del mundo que contemplan
Que aún si tuvieran voz no podrían hablar.
Se nota cómo algunos tiemblan y se estremecen,
De ahí los vanos sueños del bonzo y del augur.
Represéntate ahora esta sombría figura:
Esa sima es la cloaca del mal universal.
Aquí viene a acabar desde cualquier extremo
La caída de los réprobos, tenebroso reguero.
En profundidad tal, infortunada y áspera,
De cada globo cae una veloz riada
De almas, turbios espíritus y seres venenosos,
Río que la eternidad ve esparcirse sin fin.
Cada estrella de oro que brilla hace pender
Su sombría cabellera en ese pozo horrible.
Alma inmortal, contempla y tiembla al contemplar:
He ahí el precipicio execrable en que te hundes.
¡Oh quienquiera que seáis, esas sombras cruzando,
Verted vuestra piedad en tan hondos dolores!
En esa sima donde el abismo es sin fin
Se revuelven los crímenes en suplicios tornados,

El miedo, el duelo, el mal, las cómplices tinieblas,
Los llantos a escondidas, el suspiro exhalado
En la flor y los gritos en la piedra murada.
¡Oh, quienquiera que seas, estas miserias llora!
Para Dios que es muy sabio sin duda son precisas;
Mas puedes lamentarte sobre la enorme cárcel
Sin turbar el sombrío equilibrio de lo alto.
Todo está vivo aquí, todo está meditando,
La memoria es la pena, siendo la recompensa.
¡Cómo se sufre aquí y cómo se recuerda!
¡Tortura del espíritu, que a la materia traba!
La bruta y el granito, ¡qué potro para el alma!
Fue un sultán ese mulo, ese insecto una dama.
La roca es un proscrito, un exiliado el árbol.
¿Acaso en algún sitio por azar alguien ríe
Con esas realidades que desbordan la sombra?
El escombro y la ruina, el osario y la muerte
Están vivos. Un ansia en un residuo duerme.
Para el ojo avizor son gemidos los antros.
El cisne es negro, ¡ay! piensa el lirio en sus crímenes;
Es nocturna la perla, la nieve está enfangada;
El mismo precipicio, sin abrigo y salvaje
Se abre en el colibrí y en la lechuza se abre;
La mosca, alma, en un vuelo se chamusca en la llama
Y ésta, espíritu, incendia a un alma con angustia;
Estremece el horror las plumas de las aves;
Todo es dolor.
Las flores sufren al ser cortadas
Y, al igual que los párpados apretados, se cierran;
Se tiñen con la sangre de las rosas las hembras;
La virgen en el baile, ángel de frescos tonos,
Que transporta en sus brazos un manojo de flores,
aspira, mientras ríe, un ramo de agonías.
Llorad sobre los torpes y los ignominiosos,
Sobre la inmunda araña y sobre los gusanos,
Sobre el dorso mojado de la torpe babosa,
Sobre el ruin pulgón que de las hojas pende,
Sobre el crustáceo odioso, la infame escolopendra,
El espantoso escuerzo, monstruo de tiernos ojos
Que contemplan sin tregua el cielo misterioso.
Apiadaos de los crímenes de pájaros y bestias.
Cuanto realizaran César y Domiciano
Tigres lo continúan, con espanto. Verres[9],
Lobo bajo la púrpura, es un lobo del bosque;

Desvelado, desciende la otra cara del sueño:
En los bosques, su risa se resuelve en aullido;
Llorad sobre el que aúlla y llorad sobre Verres.
Sobre esas tumbas vivas, reas de oscuros fallos
¡Inclináos conmovidos! ¡Verted vuestra plegaria!
La piedad hace que surgan rayos del pedernal.
Apiadaos del lobezno, del pequeño león,
La materia, atroz bloque, no es más que un arsenal
De efectos monstruosos, fruto de oscuras causas.
¡Tened piedad! Mirad las almas de las cosas.
El calabozo, ¡ay! siente también la tuerca;
Compadecéos del preso, mas también del verdugo,
De la cadena al fondo de prisiones inmundas;
Son dos lúgubres seres el hacha y el cadalso;
El hacha sufre tanto como el cuerpo y el tajo
Tanto como la testa; ¡Oh misterio de lo alto!
En una odiosa y áspera batalla están envueltos;
El mella el hacha y el hacha lo astilla
Y en voz baja se llaman uno al otro: ¡Asesino!
Y maldice a los hombres el hacha, sombrío enjambre,
Cuando a la tarde, a espaldas del verdugo
A la sombra regresa y luce, espejo aciago,
Chorreante de sangre y reflejando el cielo;
Y a la noche, en la tabla oscura y silenciosa,
El cadáver de cuello carmesí, frío y pálido,
Sabe cuanto le dice el tajo, tronco al fin.
¡Oh que fría es la tierra y las rocas que duras!
¡Qué espanto sin palabras en las oscuras breñas!
Los llantos de la noche, en la blanca paloma
Caen, golpea el viento y a las ramas tortura.
¡Qué monólogo horrible en los brazos del árbol!
¡Qué temblor en la hierba! ¡Qué fascinados ojos
En las profundas piedras, mazmorras de las almas!
Un alma es lo que el agua deshace entre sus olas;
Un alma lo que logra que reluzca el lagar;
¡Tinieblas! Es huraña la creación. Cada tarde
Sube el negro horizonte y cae la noche oscura;
Ambos, por el oeste, con rotación de tumba
Se van aproximando y, por el firmamento,
¡Oh terror!, sobre el día, lentamente aplastado,
Espantable se cierra la tenaza de sombra.
Espanto dan las cunas. Hay prisión en un germen.
¡Tened todos piedad, quienquiera que seáis!
Los odiosos castigos, uno a otro superpuestos,

Ruedan, todo anegándolo, excepto las memorias.
Se ve cruzar a veces, en tan hondas negruras,
Como un lejano rayo del amor que no muere;
Y así la hiena Atreo y Timur el chacal
Y la espina Caifás y la carpa Pilatos,
El volcán Alarico de la jeta escarlata,
El oso Enrique VIII, a quien suplica en vano
Moro, y el puerco Borgia y el jabalí Selim[10]
Hacia Dios sus gemidos elevan, y las bestias
Que lucieran en tiempos mitras en sus cabezas,
Reyes granos de arena, hierbas emperadores,
Los odiosos orgullos y los furores todos
Se rompen; la dulzura envuelve al más feroz;
El gato lame al pájaro, este besa a la mosca;
Pide el buitre a la alondra, en la sombra, perdón;
Una caricia sube del acebo y del cardo;
Los más fieros rugidos en plegarias se cambian;
Se oye como se acusan las piedras de sus crímenes.
Los sombríos calabozos a que llamamos flores
Se estremecen; las peñas en llanto se deshacen;
Se alzan los brazos fuera de la dormida tumba;
Gime el viento, la noche y el agua se lamentan,
Y, bajo la mirada que de lo alto viene,
El abismo no es más que un inmenso sollozo.

* * *

¡Esperad! ¡Esperad! ¡Esperad, miserables!
No hay infinito duelo, ni males incurables.
¡No hay un infierno eterno!
Van a Dios los dolores como al blanco la flecha,
Son las buenas acciones los goznes invisibles
De las puertas del cielo.
El duelo es la virtud, la contrición el polo
De agarrotados monstruos cuyo abismo es la cárcel;
Cuando ante Jehová,
Un ser se muestra puro en las sombras carnales,
La muerte, ángel turbado, sus dos alas entrega
Al hombre que se aleja.
La tarea del infierno es cambiarse en edén.
Todo globo es un ave que el mal retiene y suelta.
Os lo advierto, vivientes,
Conllevan las virtudes la soberbia labor
De aumentar en las frentes el cielo; y el que es justo
Para el cielo labora.
La hora llega. Esperad. Reanimad vuestro espíritu.

¡Amaos, amaos! Pues es sagrada la tibieza,
El fuego del día, cierto.
El sombrío universo, frío y denso, reclama
La purificación del hombre por la llama,
¡Del ser por el amor!
Ya, en el mar tenebroso dominado por Dios,
El siniestro archipiélago de celdas se ilumina;
Dios es el gran amante;
Y los mundos, mostrando su pupila siniestra
Hacia la inmensidad de la aurora sin límite
Lentamente se vuelven.
¡Oh! Cómo sonarán las armonías todas,
Cómo destellarán en las esferas santas
Las frentes de fulgor,
Cómo los firmamentos se hundirán en delirios,
Cómo resonarán todas las grandes liras
De la serenidad,
Cuando, abriendo las garras del engendro materia,
Y en esplendor cambiando las miserias,
Cambiando absenta en miel,
Anegando en belleza a la atenuada noche
Tal como el sol de sí aparta al nubarrón
Y el arcoiris surge,
Dios, captando la noche con su fija mirada,
Viendo hacia Él, del fondo de fúnebres cloacas
Donde el mal le suplica,
Ascender el inmenso murmullo de alabanzas,
Reciba en el redil de universos arcángeles,
¡Al universo paria!
Se verán palpitar los deslumbrantes fangos,
Y destellar las más exasperadas fealdades
En el techo más alto,
A la araña en la entrada de las grandes pilastras
Relucir y empinarse, luciendo espigas de astros
¡La paja de las cárceles!
En todo ascenderá la luz como una savia;
Veremos destellar en la frente del buey
La media luna azul;
La huesa cantará con su horror recargado
Y en las basuras todas surgirá de la sombra
Un Job resplandeciente.
¡Oh desaparición del antiguo anatema!
Lo profundo diciéndole a la altura: ¡Te amo!
¡Retorno del proscrito!

¡Qué resplandor al fondo de los cielos sublimes!
Qué claridad mayor que el abismo de sombra
Gritando: ¡Oh, Tú, bendito!
Veremos al tropel de formidables hidras
Salir, trepar del fondo de brumas insondables
Y metamorfosearse;
Abrirse las estrellas en sus cráneos profundos,
¡Dios justo! Y cada vez más diáfanos
Azularse los monstruos.
Llegarán, sin que logren ni responder ni hablar,
¡Perdidos! Y veremos, cómo las aureolas
Van fundiendo sus cuernos;
De sus garras saldrán, bajo los calmos cielos
Rayos estremecidos lo mismo que palmeras;
¡Se inclinarán las testas!
¡Llegarán! ¡Llegarán! Temblorosos, extáticos,
Cada uno como un vaso desbordante de lágrimas,
Pero sin miedo alguno;
De la elevada sede les tenderán los brazos,
Y Jesús, inclinado sobre Belial[11], que llora,
«Eres tú», le dirá.
Y hacia Dios, suavemete, conducirá a este hermano
Y cuando estén ya próximos de las gradas de luz,
Que es lo único visible,
Ambos serán tan bellos, que Dios, de ojos de llama,
No podrá distinguir, padre ciego de gloria,
A Belial de Jesús.
Y será dicho todo; morirá el mal, las lágrimas
Cesarán y no habrá ya más duelos ni alarmas;
La horrible, árida sima,
Cesará de ser sorda, murmurando ¿Qué escucho?
Cesarán los dolores en la sombra y un ángel
Proclamará el Comienzo.

Jersey, 1855[12]

LA LEYENDA DE LOS SIGLOS

(1859)

BOOZ DORMIDO

Booz estaba acostado, rendido de fatiga;
Había trabajado todo el día en su era,
Luego tendió su cama en el sitio de siempre;
Dormía Booz muy cerca de las cargas de grano.
El viejo tenía campos de trigo y de cebada
Y, aunque rico, mostrábase afecto a la justicia;
No conocía el fango el agua en su molino
Y nunca fue un infierno la llama de su fragua.
Plateada era su barba como arroyo en abril,
Jamás fue su gavilla rencorosa ni avara;
Cuando veía pasar a un pobre espigador
«Deja que algunas caigan», decía con malicia.
Era puro este ser, sin turbios vericuetos,
Vestía de probidad cándida y blanco lino
Y, siempre dadivoso respecto de los pobres,
Parecían sus costales públicos surtidores.
Era Booz un buen amo y un pariente fiable;
No era derrochador aunque si generoso;
Las muchachas miraban a Booz más que a los jóvenes,
Pues será bello el mozo, pero el anciano es grande.
El anciano que vuelve a la fuente primera
Entra a los días eternos, sale de los mudables
Y vemos el incendio en los ojos del joven
Pero en los del anciano se sorprende a la luz.

* * *

Pues bien, Booz en la noche dormía entre los suyos;
Cerca de los almiares, que escombros parecían,
Eran los segadores un oscuro montón;
Y esto también pasaba en los tiempos remotos:
Las tribus de Israel tenían por jefe a un juez;
La tierra, donde el hombre en su tienda acampaba
Inquieto por las huellas del pie de los gigantes,
Aún estaba empapada y blanda por las lluvias.
Como dormía Jacob, como dormía Judith,
Booz con ojos cerrados yacía en la hojarasca,
Y las puertas del cielo habiéndose entornado,
Un sueño descendió por sobre su cabeza.

Y este sueño era tal, que Booz contempló un roble
Que, a partir de su vientre, ascendía al cielo azul;
Como larga cadena remontaba una raza;
En su inicio había un rey y un Dios en su final.
Y Booz murmuraba con la voz del espíritu:
«¿Por ventura es posible que esto salga de mí?
Pasan mucho de ochenta los años que ahora tengo
Y no he tenido hijos y no tengo mujer.
Hace tiempo que aquella que conmigo dormía
Por el vuestro, Señor, abandonó mi lecho,
Y estamos imbricados aún el uno en el otro
Ella casi viviente, yo no muerto del todo.
Cómo creer que una raza nacería de mí.
Qué habría de ocurrir para engendrar yo hijos.
Jóvenes conocemos rutilantes mañanas,
Surge el día de la noche igual que una victoria;
Viejos, como abedules en invierno temblamos;
Soy viudo y estoy sólo, sobre mi cae la noche,
Y ya inclino, ¡Dios mío! mi alma hacia la tumba
Como el buey que, sediento, hacia el agua se inclina.»
Booz se expresaba así entre el sueño y el éxtasis,
Volviendo a Dios sus ojos velados por el sueño;
El cedro no registra en su base a la rosa,
Tampoco él registró la mujer a sus pies.

* * *

En tanto él dormitaba, Ruth, una moabita
Con el seno desnudo, se tendió junto a Booz,
Aguardando una especie de misterioso rayo
Cuando al amanecer brotara la luz súbita.
Booz del todo ignoraba que allí había una mujer
y Ruth desconocía lo que Dios quería de ella.
La fragancia subía desde los asfódelos;
El aliento nocturno flotaba sobre Gálgala[13].
Nupcial era la sombra, augusta y suntuosa;
Los ángeles volaban sin duda oscuramente
Pues se veía cruzar, a veces, en la noche,
Alguna cosa azul que un ala semejaba.
El respirar de Booz, en su dormir profundo
Se unía al rumor sordo del regato en el musgo.
Transcurrían esos meses en que es dulce la tierra
Y tenían las colinas lirios sobre sus cimas.
Ruth en Booz descansaba; era negra la hierba,
La esquila del ganado vagamente se oía;
Una inmensa bondad bajaba de lo alto;

Era esa hora tranquila en que abrevan los leones.
Todo en Jerimadeth[14] y en Ur[15] se hallaba mudo;
Esmaltaban los astros el cielo oscuro y alto;
La clara medialuna, entre flores de sombra
brillaba en el poniente; y Ruth se preguntaba,
Inmóvil, y entreabriendo los ojos bajo el velo,
Qué Dios, qué segador del eterno verano
Al despedirse, habría arrojado al azar
Aquella hoz dorada en su campo de estrellas.

LAS CANCIONES DE LAS CALLES Y LOS BOSQUES

(1865)

Mi verso, te lo repito,
En los bosques quiere embriagarte.
Robaron tu lira los faunos
Y han puesto en su sitio un oboe.
Vete. Comenzó la fiesta.
Pica el pájaro la siembra;
La abeja de rocío está ebria;
Mayo sonríe entre flores.
Lleva a tus dos camaradas,
Las almas gala y latina;
No pienses que te degradas
Entre lavanda y tomillo.
Sé ágil sin ser descarado;
Entra jovial en el valle;
Apura el vaso de Virgilio,
Retén por la manga a Villon.
Beberás de la copa hasta el borde
Y esto Pan se lo encargó
A la Jeanneton de La Fontaine
Que Horacio llamaba Lalage.
Te aguardan. La flor se inclina
En los antros del diluvio;
Y Sileno, a cada mordisco
Se interrumpe por ver si llegas.

EL SOSTÉN DE LOS IMPERIOS[16]

Supuesto el mundo existe, preciso es tolerarlo.
Sepamos apreciar sin cólera a los seres.
Este hombre es el burgués del siglo en que vivimos
Que vendía en otros tiempos pastillas de jabón.
Ahora es rico y posee prados, bosques, viñedos;
Detesta al populacho y no aprecia a los nobles;
Siendo hijo de un portero, encuentra en este tiempo
Inútil que alguien sea de los Montmorency.
Es severo, virtuoso y forma parte,
Teniendo buena alfombra cuando llega diciembre,
Del partido del orden y de la gente honrada.
Detesta a los que aman y a los inteligentes;
Un poco da limosna, otro dinero a rédito;
Y del progreso santo, de la libertad pura,
Del derecho del pueblo, dice: ¡no quiero verlos!
Tiene ese sano juicio del tosco Sancho Panza
Que dejaría a Cervantes morir de caridad;
Él admira a Boileau, sofalda a las criadas,
Y grita, tras haber sobado a Jeanneton,
De la inmoralidad de leer folletines.
A la misa a que acude, sin faltar, los domingos
Sobre una fea peana lleva a un Jesús dorado,
El belén, el calvario e incluso el *Dies illa*.
—No es que crea, entendámonos, en estas necedades—
Nos dice.— Al acudir, su pedestal levanta
Ya que creerá la chusma, al verle a él creer,
Ya que hay que entontecer a estas gentes hambrientas,
Ya que un buen Dios cualquiera, al cabo es necesario.
Tras lo cual, colocaos —dice el sacristán. Y entra
Y en el banco de fábrica deposita su vientre
Tranquilo, al comprobar, que en su devoción, tiene
Al pueblo bien atado y a Dios bajo sus órdenes.

EL AÑO TERRIBLE

(1872)

ESTUPIDEZ DE LA GUERRA

Obrera sin pestañas, estúpida Penélope,
Nodriza del desorden donde oscila la nada,
Guerra, oh guerra ocupada en choques de escuadrones,
Invadida del toque furioso del clarín,
Bebedora de sangre que, feroz y marchita,
Odiosa, al hombre arrastras a borrachera tal;
Nube donde el destino se deforma y Dios huye,
Donde flota un fulgor más negro que la noche,
Boca inmensa, de viento y de rayos armada,
¿A quién sirves, giganta, a quién sirves, humazo,
Si tus derrumbamientos reconstruyen el mal,
Si en nombre de la bestia deshechas lo animal,
Si en esa sombra donde tus azares se ocultan
Sólo para alzar a otro, a un tirano destruyes?

Enero 1871

LOS FUSILADOS[17]

¡Guerra que Tácito ama y que Homero rechaza!
La victoria termina en sumaria masacre.
Los que están satisfechos se enfurecen. Yo escucho
Decir: —Hay que acabar con los insatisfechos.—
Hoy Alcestes es quien a Filinto fusila[18]
Hechos.
Por doquier muerte. Ni un sollozo siquiera.
¡Oh trigo al que el destino siega sin que madure!
¡Oh pueblo! Los arrastran al pie del muro horrible.
Justo. Fueron batidos por el viento contrario.
Dice el hombre al soldado que le ata: Adiós hermano.
La mujer dice: Mi hombre está muerto. Ya basta.
Yo no sé si tenía razón o no, más sé
Que juntos compartimos las desgracias;
Él fue mi compañero de cadena, si pierdo
A este hombre no tengo deseos de vivir. Es decir
Que si muere, moriré yo también.
Gracias. —Y en las esquinas, se apilan los cadáveres.
Junto a un pelotón pasan veinte muchachas;
Cantan; su galanura y su inocente calma
Inquietan al gentío turbado; un transeúnte
Tiembla: ¿A dónde os llevan? —le dice a la más bella.
Habla, —Yo estoy segura que van a fusilarnos.
Un estrépito lúgubre estremece el cuartel;
Es el trueno que abre y que cierra la tumba.
Ahí a un montón de hombres rematan. Nadie llora;
Parece que su muerte apenas les rozara,
Que quisieran huir de un mundo trunco y áspero,
Triste, y les complaciera esta liberación.
Nadie vacila. Apilan en la misma muralla
Al nieto y al abuelo, y el abuelo bromea
Y el chico rubio y fresco grita entre risas: ¡Fuego!
Esa risa, ese trágico desdén algo confiesa.
¡Sima! ¡Misterio donde vaga el profeta!
Pues ellos no se agarran a la vida; está hecha
De modo tal que no lamentan irse.
Es pleno mes de mayo; todo quiere anudar

ya su instinto o su alma al dulzor de las cosas;
Deberían esas jóvenes andar cortando rosas;
Debía jugar el niño en una luz bermeja;
El invierno del viejo se fundiría al sol.
Habrían esas almas de ser como un castillo
Repleto de perfumes, de zumbidos de abejas,
De cantos de aves, flores, éxtasis, primaveras.
Debían palpitar todos de amores y de auroras.
Pues bien, en este mes de luz y de ebriedad
¡Oh terror! He ahí la muerte que brusca, se destaca,
La gran ciega, la Sombra implacable y sin ojos.
Cómo van a temblar y gritar bajo el cielo,
Sollozar y pedirle auxilio a la ciudad,
A la nación que odia a la civil euménide,
A toda Francia, a cuantos del todo aborrecemos
El ciego asesinato y la muerte ofuscada.
Cómo irán, sollozantes, con los dedos crispados
A pedirle a las balas, espadas y fusiles,
A fundirse en el muro, mezclarse a los paseantes,
Y huir y rechazar la tumba, entre temblores;
Y aullar: ¡Nos asesinan! ¡Socorro! ¡Gracia! ¡Gracia!
Pues no. Parecen fuera de todo lo que ocurre.
Contemplan a la muerte que viene a arrebatarlos.
Sea. Y no le conceden ni el honor del asombro.
Tiempo hacía que llevaban dentro de sí al espectro,
Su fosa estaba lista dentro del corazón.
¡Muerte acude!
Vivir entre todos nosotros les mataba.
Y parten. ¿Qué era, pues, lo que habíamos hecho?
¡Sorpresa! ¿Qué es, pues, lo que para ellos somos
Para que de ese modo abandonen el mundo
Sin un grito o una queja, sin dignarse llorar?
Nuestro es el llanto y de ellos la entereza.
¿De qué les sirve ahora nuestra piedad? ¡Qué sombra!
¿Qué fuimos para ellos antes de esta hora oscura?
¿Acaso protegimos a estas mujeres? ¿Es que
Sentamos a estos niños sobre nuestras rodillas?
¿Sabe aquel trabajar y este otro escribir?
La ignorancia termina por dar en el delirio;
¿Les hemos instruido, amado, guiado en suma?
¿Y no tuvieron frío? ¿Y no han pasado hambre?
Por todo eso incendiaron una y mil Tullerías.
Yo lo declaro en nombre de esas almas heridas,
Yo, hombre exento de duelos con farsa o fingimiento,

A quien un niño muerto dice más que una ruina.
Por eso los que mueren resultan formidables,
Porque no se querellan y son impenetrables,
Sonrientes, conminantes, impasibles, altivos,
Y que casi se dejan degollar de buen grado.
Meditemos. Los reos a los que hoy se fulmina,
No teniendo alegría, tampoco desesperan.
La suerte del conjunto a la propia se liga.
Felicidad aquí abajo, si no: ¡desgracia arriba!
Hagamos que su vida el miserable estime.
Si no, no habrá equilibrio. Ley, orden verdadero,
Paz dichosa y, no obstante, viril,
Todo esto encontraréis en el pobre contento.
La noche es un enigma y es su lema una estrella.
Busquemos. Se desvela el ser de los que sufren.
La enmascarada esfinge muestra su desnudez.
Tenebroso de un lado, transparente del otro,
El oscuro problema entreabre la ventana
Por donde el resplandor del abismo penetra.
Pensemos ahora que yacen bajo el sudario,
Y comprendamos. Pienso que la sociedad toda
No puede estar a gusto si tiene estos fantasmas.
Que, entre todos los síntomas, es horrible su risa
Y que habrá que temblar en tanto no se cure
Esta facilidad siniestra de morir.

Junio 1871

EL ARTE DE SER ABUELO

(1877)

VENTANAS ABIERTAS

Oigo las voces, Luces a través de mis párpados.
Una campana suena en la iglesia de San Pedro.
Gritos de los bañistas. ¡Más cerca! ¡No! ¡Es aquí!
¡No, por aquí! Pían las aves como Jeanne.
George la llama. Los gallos cantan. Una paleta
Rasca un techo. Caballos pasan por la calleja.
Susurro de una hoz que corta hierba.
Choques. Retejadores marchan sobre la casa.
Rumor del puerto. Silban las máquinas calientes.
Música militar que llega a turbonadas.
Guirigay en el muelle. Voces francesas. Gracias.
Buenos días. Adiós. Sin duda es algo tarde
Porque oí, no muy lejos, cantar al petirrojo.
Concierto de lejanos martillos en la fragua.
Suena el agua. Se escucha jadear a un vapor.
Una mosca se cuela. Soplo inmenso del mar.

CRONOLOGÍA DE VICTOR HUGO

1802. Nace en Bensançon, tercer hijo de Joseph Léopold Sigisbert Hugo, militar del Imperio, natural de Nancy y de Sophie Trebuchet, que vio la luz en Nantes, en el seno de una familia legitimista.

1802-1804. Habiendo su esposa tomado como amante a un general realista llamado Lahorie, el general Hugo se ocupa de sus hijos en las sucesivas guarniciones a que es destinado: Marsella, Bastia, y la Isla de Elba. En esta última se reconcilia al fin con su esposa, la que pronto partirá a París, al enterarse de que su esposo mantiene a una querida.

1810. El general Hugo es enviado a España, donde se le unen al año siguiente su mujer y sus hijos. Ásperas disputas conyugales.

1817. Mención en el concurso de poesía convocado por la Academia Francesa.

1818. Separación legal del matrimonio Hugo.

1819. Premio en los Juegos Florales de Toulouse. Noviazgo secreto con Adèle Foucher, amiga de la infancia. Prácticamente sólo, redacta «El conversador literario», revista legitimista que llegará hasta 1821.

1820. Visita a Chateubriand, su modelo y guía entonces. Rompe su noviazgo. Amistad con Alfred de Vigny.

1821. Vuelve a Adèle. Muerte de su madre y nuevas nupcias del padre con su antigua amante.

1822. «Odas y poesías diversas». Casamiento con Adèle Foucher. La noche misma de la boda, su hermano Eugénie, sufre un ataque de locura. Internado al año siguiente en el Asilo de Chareton, allí morirá en 1837.

1823. «Hans de Islandia»

1824. «Nuevas Odas». Tras un primer hijo, fallecido a los cuatro meses, nace Léopoldine.

1825. Hugo, caballero de la Legión de Honor. Viaja por los Alpes con el escritor Charles Nodier, con el que colaborará en «La Muse française».

1826. «Bug-Jargal». Nacimiento de Charles-Hugo. «Odas y Baladas».

1827. Deslizamiento al liberalismo. «Cromwell», con el famoso prefacio, banderín de enganche del romanticismo.

1828. Muere el general Hugo. Nace el tercer hijo: François-Victor.

1829. «Las orientales». Escribe «Hernani», otro de los hitos del movimiento, que se representará al año siguiente, dando lugar a la celebérrima «batalla».

1830. Ruptura de su amistad íntima con Sainte-Beuve, el gran crítico, del que se sospecha que fuera el amante de Adèle Hugo. Nacimiento de Adèle, segunda hija del poeta.

1831. «Nuestra Señora de París» «Hojas de otoño».

1832. Inicio del romance con la actriz Juliette Drouet, a la que Hugo siempre permanecerá unido.

1834. El Vaticano incluye las obras de V. H. en el «Índice de autores prohibidos».

1835. «Los cantos del crepúsculo».

1837. «Las voces interiores» Aumenta su proclividad hacia el liberalismo de la Monarquía de Julio, que le promueve oficial de la Legión de Honor.

1840. Presidente de la «Sociedad de Hombres de Letras», tras fracasar por tres veces en su postulación a un sillón en la Academia, que ocupará al fin en 1841.

1843. Su hija Léopoldine se casa con Charles Vacquerie. El poeta viaja durante el verano por los Pirineos y España y al regreso, en Rochefort, se entera por los periódicos de que la joven pareja ha muerto ahogada el 4 de septiembre en Villequier, curso inferior del Sena.

1845. Nombrado Par de Francia, es objeto de una imputación de adulterio (con Mme. Biard) y comienza a escribir lo que se convertirá en «Los Miserables».

1848-1849. Tras la revolución de febrero, aparece como diputado por los moderados en la Asamblea Constituyente. Aproximación inicial a las posturas de Luis Napoleón, con el cual romperá a finales del 49, evolucionando desde entonces a posiciones cada vez más a la izquierda.

1851. En julio pronuncia un discurso en la Asamblea Legislativa en contra del Príncipe Presidente. Tras el golpe de Estado del 2 de diciembre —el célebre «18 de Brumario» de Marx— se integra en el comité de resistencia y el 11 de diciembre debe partir para el exilio: en un principio Bélgica y luego Jersey, pequeña isla británica en el Canal de la Mancha.

1853. Comienzan sus experiencias espiritistas. «Los castigos», poemas satíricos contra Napoleón III.

1854. En octubre, mientras siguen las prácticas de espiritismo, acaba el largo y fundamental poema «Lo que dice la boca de sombra».

1855. Se instala en Guernesey, otra isla británica en el Canal, pero viajará con frecuencia durante los próximos años por toda Europa.

1856. «Las contemplaciones»

1859. Rechaza la amnistía que le ofrece Napoleón III. «La leyenda de los siglos».

1862. «Los Miserables»

1864. «William Shakespeare», texto escrito a fin de apoyar la traducción que su hijo François-Victor hace de las obras del genio inglés, de 1858 a 1864.

1865. «Las canciones de las calles y los bosques»

1866. «Los trabajadores del mar».

1867. Se encuentran por vez primera Juliette Drouet y Adèle Hugo, antes de la muerte de ésta al año siguiente, en que nace, asimismo, su primer nieto Georges.

1869. «El hombre que ríe». Preside en Lausanne el Congreso de la Paz. Nacimiento de su nieta Jeanne.

1870. En el jardín de Guernesey se procede a plantar el «Roble de los Estados Unidos de Europa». El 19 de julio Francia declara la guerra a Prusia. El 18 de agosto, Hugo se traslada a Bélgica y el 5 de septiembre, tras la batalla de Sedan, la capitulación francesa y la revolución del 4 de septiembre, llega a París. Sitio de París.

1871. Elegido diputado por París, entra en conflicto con la mayoría conservadora, dimite en el mes de marzo y-, tras la muerte de su hijo Charles, viaja a Bélgica de donde es expulsado a causa de los incidentes que provoca una declaración ofreciendo su casa a los proscritos de la Comuna. Se presenta de nuevo a las elecciones y, derrotado, se instala en la capital de Francia en el mes de septiembre.

1872. Nuevo fracaso en las elecciones. «El año terrible». Internamiento de su hija Adèle que presenta síntomas de perturbación mental.

1873. Tras un largo periodo en Guernesey, se establece ya definitivamente en París. Muerte de su hijo François-Victor.

1874. «El noventa y tres»

1875. Senador por la circunscripción del Sena. «Actos y palabras». Se esfuerza por conseguir la amnistía para los implicados en la Comuna.

1877. Segunda serie de «La leyenda de los siglos» «El arte de ser abuelo».

1878. Sufre una congestión cerebral. «El Papa».

1879-1880. «La piedad suprema»; «Religiones y religión»; «El asno». Nuevas intervenciones en favor de los «communards». Se inicia la edición «Ne varietur» de sus obras completas, que hasta 1885 comprenderá cuarenta y ocho volúmenes.

1881. Manifestaciones populares al cumplir los ochenta años. «Los cuatro vientos del espíritu».

1882. «Torquemada».

1883. Muere Juliette Drouet. «La leyenda de los siglos» tercera y última serie.

1885. Tras sufrir una congestión pulmonar, muere el 22 de mayo. El 26 se decide que sea enterrado en el Pantheón y el 31 se celebra el sepelio,

tras ser expuesto el féretro bajo el Arco de Triunfo de la Estrella, por donde desfila una inmensa multitud. El 1 de junio se celebran en su honra funerales nacionales.

VICTOR-MARIE HUGO. Nació el 26 de febrero de 1802, en Besanzón, Francia. Es considerado el máximo exponente del Romanticismo francés.

De temprana vocación literaria, en 1817 la Academia Francesa le premió un poema. Luego escribió *Bug-Jargal* (1818), *Odas y poesías diversas* (1822), *Han de Islandia* (1823) y *Odas y baladas* (1826). En su drama histórico *Cromwell* (1827), plantea la liberación de las restricciones que imponía el Clasicismo. Su segunda obra teatral, *Marion de Lorme* (1829), fue censurada durante dos años por «demasiado liberal». El 25 de febrero de 1830 su obra teatral en verso *Hernani* tuvo un tumultuoso estreno que aseguró el éxito del Romanticismo. Entre 1829 y 1843 escribió obras de gran popularidad, como la novela histórica *Nuestra Señora de París* (1831) y *Claude Gueux* (1834), donde condenó los sistemas penal y social de la Francia de su tiempo. Además escribió volúmenes de poesía lírica como *Orientales* (1829), *Hojas de otoño* (1831), *Los cantos del crepúsculo* (1835) y *Voces interiores* (1837). De sus obras teatrales destacan *El rey se divierte* (1832), adaptado por Verdi en su ópera *Rigoletto*, el drama en prosa *Lucrecia Borgia* (1833) y el melodrama *Ruy Blas* (1838). *Les Burgraves* (1843) fue un fracaso de público, por lo que en apariencia abandonó la literatura y se dedicó a la política.

En 1845 fue nombrado par de Francia por el rey Luis Felipe, pero se hizo republicano en la Revolución de 1848. En 1851, tras la derrota ante Napoleón III, se vio obligado a emigrar a Bélgica. En 1855 comenzó su exilio de quince años en la isla de Guernsey. En este periodo escribió el panfleto *Napoleón el pequeño* (1852), los poemas satíricos *Los castigos* (1853), el libro de poemas líricos *Las contemplaciones* (1856) y el primer volumen de su poema épico *La leyenda de los siglos* (1859, 1877, 1883). En Guernsey completó también *Los miserables* (1862) y *El hombre que ríe* (1869).

A la caída del Segundo Imperio, en 1870, regresó a Francia y formó parte de la Asamblea Nacional y, posteriormente, del Senado. Sus opiniones político-morales hicieron de él un héroe para la Tercera República. Fue contrario a la pena de muerte, luchó por los derechos humanos, en especial de los niños y de las mujeres, la enseñanza pública, gratuita y laica para todos (aunque creía en un Ser Supremo), la libertad de expresión, la democracia total y la conformación de los Estados Unidos de Europa. De sus últimos años son de destacar *Noventa y tres* (1874), novela sobre la Revolución francesa, y *El arte de ser abuelo* (1877), conjunto de poemas líricos acerca de su vida familiar.

Falleció el 22 de mayo de 1885. Su cuerpo permaneció expuesto bajo el Arco del Triunfo y fue trasladado, según su deseo, hasta el Panteón de París, donde fue enterrado.

Notas

[1] Nombre del perro del poeta (N. del T.) <<

[2] Jean Froissart (hacia 1337-muerto después de 1400) escribió cuatro libros de «Crónicas», de juicios cambiantes pero en una lengua colorista e impetuosa, Blaise de Lasseran Massencome, señor del Montluc (1500-1577), Mariscal de Francia y cronista igualmente, se inspiró en Julio Cesar para redactar sus «Comentarios», en siete libros. (N. del T.) <<

[3] Alejandro Magno mató a su amigo Clito. Julio César era un hombre sobrio en la bebida, aunque libertino en los placeres carnales. Didier, rey de Lombardía, fue destronado por Carlomagno, el cual reprimió asimismo con dureza las revueltas de los Sajones, cuyo jefe era Witikind. Respecto a Carlos Quinto, ignoro si Hugo se refiere al emperador de Alemania y Rey de España (1500-1558) o a Carlos V de Francia (1338-1380). Ambos son susceptibles de imputaciones de crueldad y depredaciones en sus campañas guerreras. Parece que no fue Catón quien nacía devorar a sus esclavos por las murenas, sino, según testimonio de Séneca, el gastrónomo Vedio Polión. Tito destruyó Jerusalén el año 69 d. C. Henri de La Tour D'Auvergne, vizconde de Turena y mariscal de Francia (1611-1675) participó en la guerra de los treinta años y en los principales hechos de armas de su tiempo, con frecuentes cambios de bando en función de sus creencias, expectativas y ambiciones. Vencedor en la batalla de Nördlingen en Alemania, arrasó luego el Palatinado (1674), muriendo en otro teatro de operaciones poco tiempo después. Bayardo, el célebre «caballero sin miedo y sin tacha» (1474-1524) toma parte asimismo en las batallas de su tiempo, sirviendo a sus reyes Luis XII y Francisco I y sucumbiendo en combate. Nicolás Catinat (1637-1712), mariscal de Francia, fue uno de los más arrojados capitanes de Luis XIV. El barón de Jarnac (1505-1572) se hizo célebre cuando, a punto de ser derrotado en un duelo ante la corte de Enrique II, resultó súbitamente vencedor al golpear a su enemigo en la corva, golpe inesperado pero del todo legal. Jean de Carrouges contendió en el último duelo judicial autorizado por los Parlamentos. Luis IX de Francia (San Luis) (1214-1270) sustituyó tan horrible castigo a los blasfemos reincidentes por una sanción económica. Que se sepa, Cromwell jamás engañó a su secretario, el poeta Milton. El español Miguel Servet fue quemado vivo por orden de Calvino, en Ginebra, mientras corría el año 1553. <<

[4] La bahía de Rozel, está situada al noroeste de Jersey, isla del archipiélago británico a veinte kilómetros de las costas de Francia. En ella Hugo estuvo exiliado a partir de 1852, por su oposición al segundo imperio. <<

[5] Según Pierre Albouy, autor de la edición de Hugo que manejo, la palabra «aromal» constituye un neologismo creado por Charles Pourier, conocido utopista francés del XIX, para quien los aromas constituían fluidos imponderables que presiden la creación de las especies (N. del T.). <<

[6] Político romano (20 a. C.-31 d. C.), favorito de Tiberio, contra el que conspiró gravemente, mientras el emperador estaba retirado en Capri. Vuelto éste a Roma, lo entregó al Senado, que dispuso la muerte del traidor con toda su familia. (N. del T.). <<

[7] Sería tarea prolija por demás dar referencia, aún mínima y condensada, de esta ristra de personajes más o menos históricos. Baste decir que todos ellos pertenecen, según el poeta, al reino del mal (N. del T.). <<

[8] Más que el Titán griego, este Tifón pareciera ser el malvado hermano de Osiris, en las mitologías del antiguo Egipto. (N. del T.) <<

[9] Cayó Licinio Verres fue un pretor romano, nacido el 119 a. C., famoso por sus conclusiones y latrocinios, que motivaron la denuncia de los mismos por parte de Cicerón. (N. del T.). <<

[10] Arreo, rey de Micenas, dio muerte a los dos hijos de su hermanastro Tieste y los sirvió como viandas, en el transcurso de un festín. Timur no es otro que el célebre Tamelán (1336-1405), guerrero y jefe de un clan turco-mongol, famoso por sus grandes conquistas que le llevaron a ser dueño de casi toda Asia; sin duda Selim debe ser el primero de este nombre (1467-1520) sultán otomano que accedió al trono tras asesinar a sus hermanos y sobrinos y el Borgia aludido acaso será Alejandro VI, Papa parece que incestuoso, simoníaco y asesino. (N. del T.). <<

[11] Nombre que se le da a Satán en la II Epístola a los Corintios de San Pablo. <<

[12] En el manuscrito, Hugo agregó esta nota: «1.º de octubre-13 de octubre. Finalicé este poema de la fatalidad universal y de la universal esperanza, el viernes 13 de octubre de 1854». <<

[13] Colinas situadas cerca de Belén (N. del T.). <<

[14] Los comentaristas señalan la trampa, en vista a conseguir, en francés, la rima en consonante y que consiste en la invención por Hugo de un nombre plausiblemente hebreo, pero inexistente en la topografía de Palestina. (N. del T.). <<

[15] Villa de Caldea (N. del T.). <<

[16] Poema no fechado, pero en relación con los textos satíricos reunidos en «Religiones y religión» en 1870. <<

[17] En la represión de la Comuna de París, 1871 (N. del T.). <<

[18] Personajes de «El Misántropo» de Moliere. (N. del T.). <<